

# CRISTIANDAD

## SUMARIO

	<u>Págs.</u>
<b>EDITORIAL</b>	
<i>La realeza de María y la Asunción</i> , por Huberto du Manoir, S. I. . . . .	342
<b>MAGISTERIO PONTIFICIO</b>	
<i>«Ad Petri cathedram»</i> , primera encíclica de S.S. Juan XXIII . . . . .	343
<b>IGLESIA DEL SILENCIO</b>	
<i>Crónica</i> , por A. Trabal . . . . .	355
<b>POLITICA</b>	
<i>Crónica internacional</i> , por Fernando Serrano . . . . .	358
<b>LETRAS</b>	
<i>Dos libros sobre el Cura de Ars</i> , por Francisco Segura, S. I. . . . .	360
<i>La trayectoria poética de Carles Riba</i> , por Francisco Salvá Miquel . . . . .	362
<i>Nota Bibliográfica</i> . . . . .	363



# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA  
DEVOCION A LOS SAGRADOS  
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

## *La Realeza de María y la Asunción*



OR la definición dogmática de 1.º de noviembre de 1950, Pío XII anima a los teólogos y a los fieles a profundizar sobre este capítulo primordial de la doctrina mariana: *Regina in caelum assumpta*. Siempre el *principium consortii* nos servirá de guía en nuestra exploración. Del mismo modo que la Realeza de Cristo comenzada en la Encarnación, se consuma en el acto redentor del Calvario y es solamente proclamada en la Ascensión (aunque algunos de sus efectos sean retardados hasta el fin de los siglos, por ejemplo, el triunfo sobre la muerte) de la misma manera la Realeza de María empieza en su Concepción por la victoria sobre el pecado, se continúa por su cooperación a la Redención, especialmente por su Fiat de la Anunciación y su presencia en el Calvario; y acaba y se proclama por su Asunción al cielo. Del mismo modo que Cristo sentado a la diestra de Dios Padre intercede siempre por nosotros, también María está a la diestra de su Hijo y ejerce continuamente cerca de El su maternal intercesión.

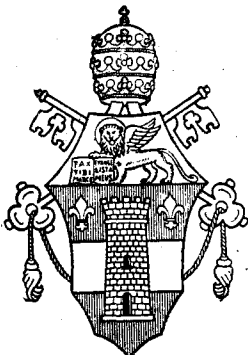
Ciertamente los teólogos no han esperado la definición de 1950 para ocuparse del problema de las relaciones entre la Realeza mariana y la Asunción. De la Realeza universal sobre los ángeles, sobre el mismo universo, se ha argumentado con frecuencia para probar la Asunción corporal. La Reina, decía ya Bernardino de Sena, tanto en su cuerpo como en su espíritu no debe estar separada del Rey. Igual que Cristo, Soberano de los reyes de la tierra, fue exento de la corrupción, así María (para Domingo Leoni y Bernardo de Busti) debe ser también exenta, por su dignidad imperial. Y mientras Alvarez de Paz afirma la conveniencia de la Asunción corporal de la Reina, San Belarmino deduce de la Realeza la Asunción gloriosa. Para Guillermo Gibieuf la Asunción corporal es el momento en que la Virgen toma posesión entera de su Estado «empezando a obrar como Reina en la tierra y en el cielo». Para Bartolomé de los Ríos, si María poseyó la Realeza desde el primer momento de su existencia, no la ejerció hasta después de su coronación en el cielo. Se podrían multiplicar las citas remontándose hasta los orígenes más lejanos y se podría comprobar, a veces con asombro, que los teólogos prueban sucesiva y aun simultáneamente: *Assumpta quia Regina* y *Regina quia Assumpta*.

Cada vez más se justifica la invocación «Reina subida al cielo, rogad por nosotros»; se encuentra en la Realeza de María un argumento que conviene a su Asunción corporal, por cuanto la Asunción corporal fue la ocasión y la condición para María, ya Reina en la Encarnación y en la Compasión, de ejercer efectivamente el poder de dominio sobre su Reino universal, por lo que se puede decir *Regina quia Assumpta*.

Huberto du Manoir, S. I.

# «AD PETRI CATHEDRAM»

Primera encíclica de S.S. Juan XXIII



## INTRODUCCION

Desde que fuimos inmerecidamente elevados a la cátedra de Pedro, vuelve siempre a nuestra consideración, como aviso y a la vez como consuelo, el recuerdo de lo que vimos y escuchamos cuando desapareció de la vida nuestro inmediato predecesor. llorado por casi todos los pueblos, de cualquier ideología que fuesen. Lo mismo nos acontece al recordar el espectáculo que se nos presentó, después de nuestra ascensión al supremo Pontificado, cuando las multitudes, a pesar de la preocupación y atención por otros acontecimientos y gravísimos problemas, volvieron a Nos sus almas y sus corazones, llenas de esperanza y confiada expectación. Lo cual demuestra, sin lugar a dudas, que la Iglesia católica florece con perenne juventud, que es estandarte alzado sobre las naciones (1) y de ella surgen, como de fuente, la penetrante luz y el suave amor que inunda a todos los pueblos.

Hay, además, para Nos otro motivo de consuelo. Nos referimos a la gran acogida con que ha sido recibido el anuncio de la celebración del Concilio ecuménico, del Sí-

nodo diocesano de Roma, de la acomodación del Código de Derecho canónico a las actuales necesidades, de la promulgación del nuevo Código para la Iglesia de rito oriental y a la general esperanza de que estos acontecimientos puedan felizmente conducir a todos a un mayor y más profundo conocimiento de la verdad, a una saludable renovación de las costumbres cristianas y a la restauración de la unidad, de la concordia y de la paz.

Acerca de esos tres bienes — verdad, unidad y paz —, que se han de promover y alcanzar con espíritu de caridad, trataremos en esta nuestra primera encíclica a todo el orbe católico, por parecernos que esto es lo que principalmente, en el momento actual, requiere nuestro deber apostólico.

Alumbre con su luz el Espíritu Santo a Nos mientras escribimos y a vosotros mientras leéis. Haga que, dóciles a la divina gracia, se muevan todos para lograr los fines anhelados, a pesar de los prejuicios y no pocas dificultades y obstáculos que se opongan.

## I. LA VERDAD

### Verdad natural y verdad revelada

La causa y raíz de todos los males que, por decirlo así, envenenan a los individuos, a los pueblos y a las naciones, y perturban las mentes de muchos, es la ignorancia de la verdad. Y no sólo su ignorancia, sino a veces hasta el desprecio y la temeraria aversión a ella. De aquí proceden los errores de todo género que penetran como peste en lo profundo de las almas y se infiltran en las estructuras sociales, tergiversándolo todo, con peligro de los individuos y de la convivencia humana. Sin embargo, Dios nos ha dado una razón capaz de conocer la verdad natural. Si seguimos la razón, seguimos a Dios mismo, que es su autor y a la vez legislador y guía de nuestra vida; si al contrario, o por ignorancia, o por negligencia, o — lo que es peor — por mala voluntad, nos apartamos del recto uso de la

razón, nos alejamos, por lo mismo, del sumo bien y de la recta norma de vivir.

Ahora bien: aunque podemos alcanzar, como dijimos, la verdad natural con la sola luz de la razón, sucede, sin embargo, con frecuencia, que no todos la logran fácilmente y sin mezcla de error, principalmente en lo tocante a la religión y a la moral. Y, además, a las verdades que superan la capacidad natural de la razón no podemos en modo alguno llegar sin la ayuda de la luz sobrenatural. Por esto, el Verbo de Dios, que “habita una luz inaccesible” (2), con inmensa caridad y compasión hacia el género humano, “se hizo carne y habitó entre nosotros” (3) para iluminar “viniendo a este mundo a todo hombre” (4) y conducirlos a todos no sólo a la plenitud de la verdad, sino también a la virtud y eterna bienaventuranza.

### **Todos están obligados a abrazar la doctrina del Evangelio**

Todos, por tanto, están obligados a abrazar la doctrina del Evangelio. Si se la rechaza, vacilan los mismos fundamentos de la verdad, de la honestidad y de la civilización.

Se trata, como es evidente, de una cuestión gravísima, estrechamente ligada a nuestra salvación eterna. Los que, como dice el Apóstol de las gentes, "siempre están aprendiendo sin lograr jamás al conocimiento de la verdad" (5); los que niegan a la humana razón la posibilidad de llegar al conocimiento de cualquier verdad cierta y segura y repudian aun las verdades reveladas por Dios, necesarias para la salvación eterna, se alejan, sin duda, miserablemente de la doctrina de Cristo y del pensamiento del mismo Apóstol de las gentes, el cual nos exhorta: "...Hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios... para que ya no seamos... niños, que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina por el engaño de los hombres que para engañar emplean astutamente los artificios del error, sino que, al contrario, abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a aquel que es nuestra cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo, trabado y unido por todos los ligamentos que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro, crece y se perfecciona en la caridad" (6).

### **La prensa, la radio, el cine y la televisión al servicio de la verdad y del bien**

Los que empero, de propósito y temerariamente, impugnan la verdad conocida, y con la palabra, la pluma o la obra usan las armas de la mentira para ganarse la aprobación del pueblo sencillo y modelar, según su doctrina, las mentes inexpertas y blandas de los adolescentes, esos tales cometen, sin duda, un abuso contra la ignorancia y la inocencia ajenas y llevan a cabo una obra absolutamente reprochable.

No podemos, pues, menos de exhortar a presentar la verdad con diligencia, cautela y prudencia a todos los que, principalmente a través de los libros, revistas y diarios, hoy tan abundantes, ejercen marcado influjo en la mente de los lectores, sobre todo de los jóvenes, y en la formación de sus opiniones y costumbres. Por su misma profesión tienen ellos el deber gravísimo de propagar no la mentira, el error, la obscenidad, sino solamente lo verdadero y todo lo que principalmente conduce no al vicio, sino a la práctica del bien y la virtud.

Con gran tristeza vemos, como ya deploraba nuestro predecesor León XIII, de feliz memoria, "serpentear audazmente la mentira... en gruesos volúmenes y en pequeños libros, en las páginas de los diarios y en la publicidad teatral" (7); vemos "libros y revistas que se imprimen para ridiculizar la virtud y cohonestar el vicio" (8).

A todo esto tenemos hoy que añadir, como vosotros bien lo sabéis, venerables hermanos y queridos hijos, las audiciones radiofónicas y las funciones de cine y de televisión, espectáculos estos últimos que fácilmente se tienen

en casa. Todos estos medios pueden servir de invitación y estímulo para el bien, la honestidad y aun la práctica de las virtudes cristianas; sin embargo, no raras veces, por desgracia, sirven, principalmente a los jóvenes, de incentivo a las malas costumbres, al error y a una vida viciosa.

Para neutralizar, por tanto, con todo empeño y diligencia este gran mal, que se difunde cada día más, es necesario oponer a estas armas nocivas las armas de la verdad y honestidad. A la prensa mala y mentirosa se debe resistir con la prensa recta y sincera; a las audiciones de radio y a los espectáculos de cine y televisión que fomentan el error y el vicio hay que oponer otros que defiendan la verdad y guarden incólume la integridad de las costumbres. Así, estos recientes inventos, que tanto pueden para fomentar el mal, se convertirán para el hombre en instrumento de bien y salvación y al mismo tiempo en medios de honesto esparcimiento, con lo que vendrá el remedio de la misma fuente de donde frecuentemente brota el veneno.

### **La indiferencia religiosa**

Tampoco faltan los que, si bien no impugnan de propósito la verdad, adoptan, sin embargo, ante ella una actitud de negligencia y sumo descuido, como si Dios no les hubiera dado la razón para buscarla y encontrarla. Tan reprochable modo de actuar conduce, como por espontáneo proceso, a esta absurda afirmación: todas las religiones tienen igual valor, sin diferencia alguna entre lo verdadero y lo falso. "Este principio — para usar las palabras de nuestro mismo predecesor — lleva necesariamente a la ruina todas las religiones, particularmente la católica, la cual, siendo entre todas la única verdadera, no puede ser puesta al mismo nivel de las demás sin grande injuria" (9). Por lo demás, negar la diferencia que existe entre cosas tan contradictorias entre sí, derechamente conduce a la nefasta conclusión de no admitir ni practicar religión alguna. ¿Cómo podría Dios, que es la verdad, aprobar o tolerar la indiferencia, el descuido, la ignorancia de quienes, tratándose de cuestiones de las cuales depende nuestra eterna salvación, no se preocupan lo más mínimo de buscar y encontrar las verdades necesarias ni de rendir a Dios el culto debido solamente a Él?

Hoy día se trabaja tanto y se cultiva con tanta diligencia la ciencia y el proceso humano, que bien puede gloriarse nuestra época de sus admirables conquistas en este campo. ¿Por qué entonces no se ha de poner igual, y aún mayor entusiasmo, empeño y diligencia, para asegurar la conquista de aquella sabiduría, que pertenece no ya a esta vida terrena y mortal, sino a la celestial, que nunca pasará? Sólo cuando hayamos llegado a la verdad que brota del Evangelio, y que debe reducirse a la práctica en la vida, sólo entonces — repetimos — nuestra alma poseerá tranquilamente la paz y el gozo; gozo inmensamente superior a la alegría que puede nacer de los descubrimientos de la ciencia y de los maravillosos inventos actuales que continuamente se pregonan y exaltan.

## II. LA PAZ

### Del amor a la verdad brota la paz

De la consecución de esta verdad plena, íntegra y sincera, debe necesariamente brotar la unión de las inteligencias, de los espíritus y de las acciones. En efecto, todas las discordias, desacuerdos y disensiones brotan de aquí, como de su primera fuente, a saber, de que la verdad o no se la conoce o — lo que todavía es peor —, por muy examinada y averiguada que sea, se la impugna ya por las ventajas y provechos que con frecuencia se espera lograr de falsas opiniones, ya por la reprochable ceguera, que impulsa a los hombres a excusar con facilidad e indulgencia excesiva sus vicios e injustas acciones.

Es, pues, necesario que todos, tanto los ciudadanos privados como quienes tienen en sus manos el destino de los pueblos, amen sinceramente la verdad si quieren gozar de la concordia y de la paz, de la que solamente puede derivarse la verdadera prosperidad pública y privada.

De modo particular exhortamos a esta concordia y paz a los que gobiernan las naciones. Nos, que estamos situados por encima de las contiendas entre las naciones, que abrazamos a todos los pueblos con igual amor y que no nos movemos por provechos temporales ni por razones de dominio político, ni por deseos de esta vida presente, al hablarlos de asunto tan importante creemos que podemos ser juzgados y escuchados serenamente por los hombres de todas las naciones.

### La fraternidad y los principios cristianos

Dios ha creado a los hombres no enemigos, sino hermanos; les ha dado la tierra para cultivarla con trabajo y fatiga, a fin de que todos y cada uno recaben de ella sus frutos y cuanto precisan para el sustento y las necesidades de la vida. Las diversas naciones no son otra cosa sino comunidades de hombres, es decir, de hermanos, que deben tender, unidos fraternamente, no sólo al fin propio de cada una, sino también al bien común de toda la familia humana.

Por otra parte, el curso de esta vida mortal no debe considerarse solamente en sí mismo ni como si su finalidad fuese el placer; no se acaba con la descomposición de la carne humana, sino que conduce hacia la vida inmortal, hacia la patria donde viviremos para siempre.

Si se quitan del alma humana esta doctrina y esta consoladora esperanza, caen por tierra todas las razones para vivir; surgen fatalmente de nuestros espíritus las pasiones, las luchas, las discordias, que ningún freno será capaz de contenerlas eficazmente; no brilla el olivo de la paz, sino que se enciende la llama de la discordia; el destino del hombre llega a hacerse casi igual al de los seres carentes de inteligencia, y aún se hace peor, ya que, estando dotados de razón, podemos, abusando de ella, precipitarnos en los abismos del mal, lo que desgraciadamente sucede a menudo, y, como Caín, manchar la tierra derramando la sangre fraternal y cometiendo graves delitos.

Es menester ante todo elevar las mentes hacia estos

principios si queremos — y así nos conviene — que también nuestras acciones se conformen con los caminos de la justicia.

¿Por qué si nos llamamos y somos hermanos, si tenemos un mismo destino, tanto en esta vida como en la futura, por qué — decimos — nos mostramos adversarios y enemigos de nuestros semejantes? ¿Por qué envidiarlos, alimentar odios y preparar armas mortíferas contra hermanos? Ya se han combatido bastante los hombres; ya son demasiadas muchedumbres de jóvenes que han derramado su sangre en la flor de la edad. Ya hay en la tierra demasiadas sepulturas de caídos en la guerra amonestándonos a todos con voz severa que ya es hora de llegar a la concordia, a la unidad, a la justa paz.

Piensen, por tanto, todos no en lo que divide y separa a los hombres, sino en lo que puede unirlos en la mutua y justa comprensión y estima recíproca.

### Fraternal concordia entre los pueblos

Solamente si se busca verdaderamente la paz y no la guerra — como es menester — y se tiende con sincero y común esfuerzo a la fraternal concordia entre los pueblos, solamente entonces, decimos, será posible armonizar los intereses y ajustar felizmente todas las divergencias; se podrá encontrar también de común acuerdo y con oportunos medios la anhelada unión, para que los derechos a la libertad de cada uno de los Estados, lejos de ser conculcados por otro, sean, por el contrario, asegurados completamente. Los que oprimen a otros y los despojan de su debida libertad no pueden ciertamente contribuir a esta unidad. Qué oportunamente vienen aquí las palabras del mismo sapientísimo predecesor nuestro, de feliz memoria, León XIII: “Para frenar la ambición, la codicia de los bienes del prójimo, las rivalidades, que son los principales incentivos de la guerra, nada sirve tanto como las virtudes cristianas y, en primer lugar, la justicia” (10).

Por otra parte, si las naciones no llegan a esta unión fraternal, fundada necesariamente en la justicia y alimentada por la caridad, la situación mundial permanece en un gravísimo peligro; de donde resulta que todos los hombres sensatos deploran situación tan incierta que deja en duda si se camina hacia una paz sólida y verdadera o más bien se corre con extrema ceguera hacia una nueva y tremenda conflagración bélica. Con extrema ceguera — decimos —, porque si en efecto debiera estallar una nueva guerra — Dios no lo quiera —, tal es la potencia de las monstruosas armas en nuestros días que no quedaría otra cosa para todos los pueblos — vencedores y vencidos — sino una tragedia inmensa y una ruina universal.

Por esto suplicamos a todos, pero especialmente a los gobernantes, que mediten atentamente ante Dios, su Juez, y que empleen todos los medios que puedan conducir a esta necesaria unión. Y esta unión de intenciones, que — como dijimos —, contribuirá, sin duda, al incremento y también a la prosperidad de todos los pueblos, podrá



alcanzarse cuando, pacificados los espíritus y salvaguardados los derechos de cada uno, resplandezca por doquiera la libertad que se debe a los individuos, a los pueblos, a los Estados, a la Iglesia.

### Y entre las clases sociales

Esta concorde unión entre pueblos y naciones es menester promoverla cada vez más entre las clases sociales de ciudadanos, porque si esto no se logra puede haber — como estamos viendo — mutuos odios y discordias y de aquí nacerán tumultos, perniciosas revoluciones y a veces muertes, así como también el progresivo debilitamiento de la riqueza y la crisis de la economía pública y privada.

de prejuicios y del egoísmo de clase, las diferencias de clase se han mitigado algo, engranando mejor las unas con las otras. La desgracia común es maestra de una amarga pero saludable enseñanza” (14).

En realidad hoy se han atenuado las distancias entre las clases, porque no reduciéndose éstas solamente a las dos clases de capitalistas y trabajadores y habiéndose multiplicado, se ha facilitado a todos el acceso a ellas; y los que se distinguen por su laboriosidad y habilidad pueden ascender en la sociedad civil a grados más elevados. Por lo que se refiere más directamente al mundo del trabajo, es consolador pensar que esos movimientos surgidos recientemente para humanizar las condiciones en

la dignidad de su persona y los miren como a hermanos; y hagan también que los obreros, participando cada vez más, conforme a una justa medida, en las utilidades del trabajo realizado, se sientan como parte de toda la empresa. Esto lo advertimos para que se ponga en práctica una mayor armonía entre los mutuos derechos y deberes de los patronos y obreros y para que las diversas organizaciones profesionales “no parezcan como una arma exclusivamente dirigida para una guerra defensiva y ofensiva que provoca reacciones y represalias, no como un torrente que, rotos los diques, inunda, sino como un puente que une las riberas opuestas” (17). Pero, sobre todo, se debe atender a que al feliz desarrollo alcanzado en el nivel económico corresponda un no menor progreso en el campo de los valores morales, como lo requiere la dignidad misma del cristiano; más aún la misma dignidad humana. ¿De qué le serviría, en efecto, al trabajador conseguir mejoras económicas cada vez mayores y alcanzar un tenor de vida más elevado si desgraciadamente perdiese o descuidase los valores superiores del alma inmortal? Las perspectivas a que se tiende podrán realizarse solamente con la plena actuación de la doctrina social de la Iglesia católica y si todos “procuran fomentar en sí mismos y encender en los demás — grandes y pequeños — la caridad, señora y reina de todas las virtudes. Porque la suspirada salvación debe ser principalmente fruto de una gran efusión de caridad, de aquella caridad cristiana que compendia en sí las leyes del Evangelio y que está siempre pronta a sacrificarse por los demás y es para el hombre el más seguro antídoto contra el orgullo mundano y el inmoderado amor propio; y de la que San Pablo trazó los rasgos divinos con aquellas palabras: “La caridad es paciente, es benigna; no es interesada: todo lo excusa, todo lo tolera” (18-19).

### III. UNIDAD DE LA IGLESIA

#### Nuestro propósito de convocar un Concilio Euménico

Y ahora vengamos a hablar de la unidad que de modo especialísimo llevamos en el corazón y que tiene íntima relación con el oficio pastoral que Dios nos ha confiado; es decir, de la unidad de la Iglesia.

Todos saben que nuestro divino Redentor fundó una sociedad, que habrá de conservar su unidad hasta el fin de los siglos: “He aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo” (20); y que para esto Jesucristo dirigió al Padre celestial fervorosas súplicas. Esta oración de Jesucristo, que, sin duda, le fué aceptada y escuchada por su reverencia (21): “Para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros” (22), engendra en nosotros una esperanza dulcísima y nos da la seguridad de que finalmente todas las ovejas que no pertenecen a este redil sientan el deseo de volver a él; y así, conforme a las palabras del divino Redentor, “habrá un solo rebaño y un solo pastor” (23).

Profundamente animados por esta suavísima esperanza, hemos anunciado públicamente nuestro propósito de con-

#### Unión y concordia en las familias

Finalmente, a la misma concordia a que hemos invitado a los pueblos, a sus gobernantes y a las clases sociales, invitamos también con ahinco y afecto paterno a todas las familias para que la consigan y la consoliden. Pues si no hay paz, unidad y concordia en la familia, ¿cómo se podrá obtener en la sociedad civil? Esta ordenada y armónica unidad que debe reinar siempre dentro de las paredes del hogar nace del vínculo indisoluble y de la santidad propia del matrimonio cristiano y contribuye en gran parte al orden, al progreso y al bienestar de toda la sociedad civil. El padre sea entre los suyos como el representante de Dios e ilumine y preceda a los demás no sólo con su autoridad, sino con el ejemplo de su vida íntegra. La madre, con su delicadeza y su virtud en el hogar doméstico, guíe a sus hijos con suavidad y fortaleza; sea buena y afectuosa con el marido y con él instruya y eduque a sus hijos — don preciosísimo de Dios — para una vida honrada y religiosa. Los hijos obedezcan siempre, como es su deber, a sus padres, ámenlos y sean no sólo su consuelo, sino, en caso de necesidad, también su ayuda. Respírese en el hogar doméstico aquella caridad que ardía en la familia de Nazaret; florezcan todas las virtudes cristianas; reine la unión y resplandezcan los ejemplos de una vida honesta. Que nunca jamás — a Dios se lo pedimos ardientemente — se rompa tan bella, suave y necesaria concordia. Porque si la institución de la familia cristiana vacila, si se rechazan o desprecian los mandamientos del Divino Redentor en este punto, entonces se bambolean los mismos fundamentos del Estado y la misma convivencia civil se corrompe, produciéndose una general crisis con daños y pérdidas para todos los ciudadanos.

vocar un Concilio Euménico, al que habrán de acudir de todo el orbe de la Tierra sagrados pastores para tratar de los graves problemas de la religión, y principalmente para promover el incremento de la Iglesia católica, una saludable renovación de las costumbres del pueblo cristiano y para poner al día las leyes que rigen la disciplina eclesiástica según las necesidades de nuestros tiempos. Ciertamente, esto constituirá un maravilloso espectáculo de unidad, verdad y caridad, tal que al contemplarlo aun los que viven separados de esta Sede Apostólica sentirán — según confiamos — una suave invitación a buscar y lograr la unidad por la que Jesucristo dirigió al Padre celestial sus ardientes plegarias.

#### Deseo de unidad en diversas comunidades separadas

Sabemos, por otra parte, con gran consuelo nuestro, que en estos últimos tiempos se ha venido creando en el seno de no pocas comunidades separadas de la cátedra de San Pedro, cierto movimiento de simpatía hacia la fe y hacia las instituciones católicas y que, al estudio de la

verdad que disipa los prejuicios, ha brotado una estima considerable hacia esta Sede Apostólica. Sabemos, además, que casi todos los que llevan el nombre de cristianos, a pesar de estar separados de Nos y desunidos entre sí, a fin de trabar entre sí la unión, han efectuado reuniones y para ello organizado asambleas; todo lo cual está demostrando el vehemente deseo que les impele a realizar por lo menos alguna unidad.

### **Unidad de la Iglesia católica: Unico Reino de Dios**

Indudablemente, nuestro divino Redentor fundó su Iglesia con el fundamento y la nota de una solidísima unidad, y si — por un absurdo — no la hubiera hecho así, habría fundado una cosa caduca y contraria a sí misma, por lo menos, para el futuro; como los diversos sistemas filosóficos, que, abandonados al arbitrio y opinión del hombre, con el correr de los tiempos nacen, se transforman y desaparecen uno tras otro. Esto se opone diametralmente al magisterio de Jesucristo, que “es el camino, la verdad y la vida” (24); no hay quien pueda ignorarlo.

Esta unidad, venerables hermanos y amados hijos, que — como hemos dicho — no debe ser algo vano, incierto o caedizo, sino sólido, estable y seguro (25), si a las otras comunidades cristianas les falta, a la Iglesia católica no le falta, como fácilmente puede echarlo de ver quienquiera que con diligencia la examine. Tiene tres notas que la caracterizan y adornan: unidad de doctrina, de gobierno y de culto; es tal, que resulta visible a todos, de manera que todos la pueden reconocer y seguir; y es tal, además, que conforme a la voluntad de su divino Fundador, en ella todas las ovejas pueden reunirse en un solo rebaño bajo la guía de un solo pastor; y así todos los hijos están llamados a venir a la única casa paterna, que descansa sobre el fundamento de Pedro, y en ella se ha de procurar reunir fraternalmente a todos los pueblos como en el único reino de Dios: reino cuyos súbditos, unidos en la tierra en la concordia del espíritu, puedan gozar un día de la eterna bienaventuranza en el cielo.

### **Unidad de fe**

La Iglesia católica manda creer fiel y firmemente cuanto ha sido revelado por Dios, a saber, cuanto se contiene en la Sagrada Escritura y en la tradición oral y escrita y lo que, en el transcurso de los siglos, han promulgado y definido los Sumos Pontífices y los legítimos Concilios Ecuménicos. Siempre que alguno se ha alejado de este sendero, la Iglesia, con su maternal autoridad no ha cesado de llamarlo repetidamente al recto camino. Pues sabe muy bien y sostiene que sólo hay una verdad y que no pueden admitirse “verdades” entre sí contrarias; haciendo suya y afirmando la palabra del Apóstol de las gentes: “Pues nada podemos contra la verdad sino por la verdad” (26).

Hay, sin embargo, no pocos puntos en los que la Iglesia católica deja que libremente disputen entre sí los teólogos, en cuanto se trata de cosas no del todo ciertas y en cuanto — como notaba el celeberrimo escritor

inglés, el Cardenal Juan Enrique Newman — tales disputas no rompen la unidad de la Iglesia, sino más bien sirven para una mejor y más profunda inteligencia de los dogmas, ya que preparan y hacen más seguro el camino para este conocimiento, puesto que del choque de varias sentencias sale siempre nueva luz (27). Sin embargo, hay que retener el dicho que, expresado unas veces de un modo y otras de otro, se atribuye a diversos autores: en las cosas necesarias, unidad; en las *dudosas, libertad*; en todas, caridad.

### **Unidad de régimen**

Y además, como está a la vista de todos, hay en la Iglesia católica unidad de régimen. Porque, así como los fieles cristianos están sujetos a los sacerdotes, y los sacerdotes a los Obispos, a quienes “el Espíritu Santo puso... para regir la Iglesia de Dios” (28), así también todos los sagrados Pastores y cada uno de ellos se hallan sometidos al Romano Pontífice, como a quien se le ha de reconocer por el sucesor de Pedro. A él, Cristo Nuestro Señor lo constituyó piedra fundamental de su Iglesia (29), y a él sólo, peculiarmente, le concedió la potestad de atar y de desatar, sin restricción, sobre la tierra (30), de confirmar a sus hermanos (31) y de apacentar el rebaño todo (32).

### **Unidad de culto**

Y por lo que toca a la unidad de culto, nadie ignora que la Iglesia católica, ya desde sus primeros tiempos y a través de los siglos, siempre ha mantenido todos y solos los siete sacramentos, recibidos de Jesucristo como herencia sagrada, y jamás ha dejado de administrarlos en todo el orbe católico para nutrir y acrecentar la vida sobrenatural de los fieles.

Igualmente por todos es sabido que en ella se celebra un solo sacrificio, el eucarístico, en el cual Cristo mismo, salvación nuestra y nuestro Redentor, de una manera incruenta pero tan real como cuando pendía de la cruz en el monte Calvario, cotidianamente es inmolado en favor de todos nosotros y nos comunica misericordiosamente los tesoros inmensos de su gracia. Por eso con tanta razón San Cipriano hacía esta advertencia: “No puede, fuera del único altar y del único sacerdocio, establecerse un altar diverso o instituirse un nuevo sacerdocio” (33). Esto, sin embargo, como es notorio, no impide la diversidad de los ritos que existen y están aprobados dentro de la Iglesia católica, mediante los cuales resplandece con mayor belleza y, como hija del Supremo Rey, ostenta rica variedad de vestiduras (34).

Con el fin de que todos alcancen esa verdadera y concorde unidad, el sacerdote católico, al celebrar el sacrificio eucarístico, ofrece a Dios clementísimo la hostia inmaculada, suplicando en primer lugar “por tu Iglesia santa católica: dignate pacificarla, protegerla, unificarla y regirla en todo el orbe de la tierra, junto con tu siervo el Papa nuestro y con todos los que, fieles a la verdadera doctrina, guardan la fe católica y apostólica” (35).



### Amoroso llamamiento a la unión

Ojalá este admirable espectáculo de unidad con que se destaca y resplandece la única Iglesia católica, y esos anhelos y plegarias con que pide a Dios para todos esa misma unidad, conmuevan y alienten saludablemente vuestras almas: nos referimos a vosotros, que estáis separados de esta Sede Apostólica.

Permitid que os llamemos, con suave afecto, hermanos e hijos; permitidnos alimentar la esperanza que de vuestra vuelta acariciamos con paterno y amante corazón. Queremos hablaros con el mismo interés pastoral que Teófilo, Obispo alejandrino, cuando un infausto cisma había desgarrado la túnica inconsutil de la Iglesia, convocaba a sus hermanos e hijos con estas palabras: "Cada uno según su capacidad, oh dilectísimos, participantes de la celestial vocación, imitemos a Jesús, cabeza y consumidor de nuestra salvación. Abracemos esa humildad de corazón y esa caridad que elevan y unen con Dios y una sincera fe en los divinos misterios. Huid de la división, evitad la discordia..., estrechaos con mutua caridad; escuchad a Cristo, que dice: En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis mutua caridad" (36).

Os rogamos prestéis atención a que, al llamaros amorosamente a la unidad de la Iglesia, no os invitamos a una casa ajena, sino a la propia vuestra, a la que es común casa paterna. Permitid por eso que os exhortemos, con grande amor hacia todos "en las entrañas de Jesucristo" (37), a que os acordéis de vuestros padres, "que os predicaron la palabra de Dios; y, considerando el fin de su vida terrena, imitad su fe" (38). El preclaro ejército de santos bienaventurados que de cada uno de vuestros pueblos ya han subido al cielo, y principalmente aquellos que con sus escritos transmitieron y explicaron tan recta y copiosamente la doctrina de Jesucristo, parecen invitar a vuestros corazones, con el ejemplo de su vida, a la unidad con esta Sede Apostólica, con la cual vuestra comunidad cristiana también ha estado vinculada durante tantos siglos.

Por tanto, a todos los que están separados de Nos les dirigimos como a hermanos las palabras de San Agustín cuando decía: "Quieran o no, hermanos nuestros son. Sólo dejarían de ser nuestros hermanos si dejaran de decir: "Padre nuestro" (39). "Amemos a Dios Nuestro Señor, amemos a su Iglesia; a El como a Padre, a ésta como a madre; a El como a Señor y a ésta como a su esclava; porque somos hijos de su esclava. Tal unión se forja con una grande caridad; nadie mientras ofende a uno puede merecer bien del otro. ¿De qué te sirve no tener ofendido al Padre si El venga a la madre ofendida?... Asíos, por tanto, carísimos; asíos unánimemente a Dios Padre y a la madre Iglesia" (40).

### El éxito del Concilio depende de la oración

Nos a causa de todo eso dirigimos humildes súplicas a Dios benignísimo, dador de luces celestiales y de todos los bienes, para que sea amparada la unidad de la Iglesia y extendido el reino y rebaño de Cristo; y a todos los her-

manos e hijos carísimos que en Cristo tenemos les exhortamos a que también las dirijan. Porque el feliz éxito del futuro Concilio Ecuménico, más que de humanos trabajos y de diligente habilidad, ciertamente depende de las oraciones hechas por todos con gran fervor, como en una piadosa competencia mutua. E invitamos con grande afecto a elevar tales peticiones hacia Dios también a aquellos que, aun sin ser de este rebaño, reverencian, sin embargo, y rinden culto a Dios y con buena voluntad procuran obedecer a sus preceptos.

Aumente y cumpla esta esperanza y estos votos nuestros la divina plegaria de Cristo: "Padre Santo, guarda en tu nombre a éstos que me has dado, para que sean uno, como nosotros... Santificalos en la verdad: tu palabra es verdad... Pero no ruego por éstos solamente, sino también por quienes han de creer en mí debido a su palabra; ...para que sean consumados en la unidad..." (41).

### Paz y gozo en los miembros del Cuerpo místico de Cristo

Todo esto lo reiteramos Nos, junto con el orbe católico a Nos unido, en suplicante oración. Y lo hacemos así no solamente movidos por encendida caridad hacia todos los pueblos, sino también estimulados por evangélica humildad de espíritu. Porque conocemos la pequeñez de nuestra persona, a quien Dios, no por méritos nuestros, sino por misterioso designio suyo, se ha dignado elevar a la cumbre del Sumo Pontificado. Por lo cual a todos los hermanos e hijos nuestros que están separados de esta cátedra de San Pedro les repetimos estas palabras: "Soy yo..., José, vuestro hermano" (42). Venid; "acogednos" (43); ninguna otra cosa deseamos; ninguna otra queremos, ninguna más pedimos, sino vuestra salvación y vuestra eterna felicidad. Venid; de esta concorde y tan deseada unidad, que la caridad fraterna debe mantener y fomentar, nacerá una grande paz: aquella paz "que sobrepuja todo entendimiento" (44), como que proviene de las mansiones celestiales; aquella paz que Cristo, por medio de los ángeles que cantaban volando sobre su cuna, anunció a los hombres de buena voluntad (45) y que, apenas instituido el sacramento y sacrificio de la eucaristía, impartió con estas palabras: "La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo" (46).

Paz y gozo. También el gozo, pues quienes pertenecen con realidad y eficacia al cuerpo místico de Jesucristo, que es la Iglesia católica, participan de esa vida que desde la divina Cabeza se difunde hasta cada miembro; y, por razón de ella, quienes obedecen fielmente a todos los preceptos y mandatos de nuestro Redentor también en esta vida mortal pueden gozar de aquella alegría que es auspicio y prenuncio de la celestial y sempiterna felicidad.

### Paz sobre todo militante

Pero esta paz, esta felicidad, mientras recorremos penosamente el camino de nuestro terreno destierro, es aún imperfecta. Porque es paz no completamente tranquila, no del todo serena; es paz laboriosa, no ociosa, ni inerte;

es, sobre todo, paz militante contra todo error, aunque disimulado bajo falsa apariencia de verdad, contra los estímulos y halagos de los vicios, y, en fin, contra toda clase de enemigos del alma que pueden debilitar, manchar o destruir nuestra inocencia y nuestra fe católica; y también contra los odios, las enemistades, las divisiones que pueden quebrantar o lacerar la misma fe. Por esta razón, el divino Redentor nos ha dado y recomendado su paz.

La paz, pues, que hemos de buscar y que hemos de esforzarnos por alcanzar, es la paz que no cede a ningún error, que no descende a compromisos de ninguna clase con los defensores de éste, que no se entrega a los vicios, que evita, en fin, toda discordia. Esta paz es tal, que

exige a sus seguidores una disposición generosa para renunciar a sus propias comodidades y ventajas por la causa de la verdad y de la justicia según aquello: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia..." (47).

#### A la reina de la paz

¡La Santísima Virgen María, Reina de la paz, a cuyo Corazón Inmaculado nuestro predecesor Pío XII, de feliz memoria, consagró el género humano, nos alcance de Dios — se lo suplicamos con fervor — unidad concorde, paz verdadera, operosa y militante, no solamente a todos los hijos nuestros en Cristo, sino también a todos aquellos que, aunque separados de Nos, no pueden menos de amar la verdad, la unidad y la concordia!

### IV. EXHORTACIONES PATERNAS

#### A los sagrados pastores

Queremos ahora dirigirnos con paternal corazón a cada una de las diversas clases de personas de la Iglesia católica. Y, en primer lugar, "nuestra palabra se dirige a vosotros" (48), venerables hermanos en el episcopado, tanto del Oriente como del Occidente; a vosotros, que, como guías del pueblo cristiano, lleváis, juntamente con Nos, "el peso del día y el calor" (49). Conocemos la diligencia y celo apostólico con que os esforzáis cada uno en vuestro propio territorio por incrementar el reino de Dios, por consolidarlo y extenderlo a todos. Conocemos también vuestras angustias y vuestras penas ante tantos hijos que se alejan tristemente engañados por las falacias de los errores, ante las estrecheces que a veces impiden entre vosotros un mayor desarrollo de los intereses católicos y, sobre todo, ante la escasez de sacerdotes, cuyo número en muchas partes es desproporcionado a las crecientes necesidades. Pero confiad en Aquel de quien proviene "todo buen don y toda dádiva perfecta" (50), dirigiéndoos con oración insistente a Jesucristo, porque sin El "no podéis hacer nada" (51); pero, con su gracia, podéis cada uno de vosotros repetir con el Apóstol de las gentes: "Todo lo puedo en Aquel que me conforta" (52). "Mi Dios os dará todo lo que os falta, según sus riquezas en gloria, en Cristo Jesús" (53); de modo que podáis cosechar abundantes mieses y ricos frutos en el campo cultivado con vuestro sudor y trabajo.

#### Al clero

Otro llamamiento paterno dirigimos a los sacerdotes de ambos cleros: a los que os ayudan más de cerca, venerables hermanos, en los trabajos de la curia; a los que tienen la importante misión de instruir y educar en los seminarios a los jóvenes selectos llamados al servicio del Señor; a aquellos, en fin, que en las ciudades populosas, o en las villas, o en las apartadas y solitarias aldeas ejercen el ministerio parroquial, hoy tan difícil, tan arduo y tan importante. Procuren todos ellos — y que nos perdonen si se lo recordamos, aunque creemos que no lo necesita-

rán — mostrarse siempre respetuosos y obedientes a su Obispo según aquellas palabras de San Ignacio de Antioquia: "Estad sometidos al Obispo como a Jesucristo... Es necesario, como ya lo practicáis, que no hagáis nada sin el Obispo" (54). "Los que son de Dios y de Jesucristo están con su Obispo" (55). Y acuérdense que no son funcionarios públicos, sino, sobre todo, ministros de las cosas sagradas. Por eso no crean nunca haber hecho ya demasiado, aunque hayan tenido que afrontar fatigas, sacrificar el tiempo y los bienes de este mundo y soportar gastos e incomodidades propias, cuando se trata de iluminar a las almas con la verdad divina y de doblegar con la ayuda del cielo y con la caridad fraterna las voluntades obstinadas procurando así el triunfo del reino pacífico de Jesucristo. Y más que en la propia industria y trabajo, confíen en el poder de la gracia, que han de implorar cada día con humilde y constante oración.

#### A los religiosos

También dirigimos nuestro paterno saludo y exhortación a los religiosos que, después de haber abrazado uno de los varios estados de perfección evangélica, viven bajo la obediencia de sus superiores, según las leyes peculiares del propio Instituto. Entréguense generosamente y con todas sus fuerzas, mediante la observancia de las normas de su Instituto, a realizar los ideales que sus fundadores se propusieron, entre los cuales se cuentan principalmente la vida intensa de oración, las prácticas de penitencia, la recta institución y educación de la juventud y el ejercicio de la caridad para con las diversas clases de necesitados y afligidos.

Bien sabemos que no pocos de estos amados hijos, por las actuales circunstancias, se ven llamados a menudo a ejercitar también la cura pastoral de los fieles con gran provecho de la religión y de la vida cristiana. A éstos exhortamos también instantemente — aunque confiamos que no tendrán necesidad de nuestro estímulo — que se animen a añadir a los preclaros méritos pasados de sus Ordenes o Institutos este de prestarse con gusto a remediar las urgentes necesidades de los fieles, en colabora-

ción fraterna con los demás sacerdotes, según sus propias posibilidades.

#### A los misioneros

Nuestro pensamiento vuela ahora hacia aquellos que, abandonando la casa paterna y la queridísima patria, soportando graves trabajos y superando dificultades, han marchado a las misiones extranjeras, donde se afanan con sus sudores por instruir y formar a los gentiles de aquellas lejanas tierras en la verdad evangélica, a fin de que en todas partes "la palabra de Dios se difunda y sea El glorificado" (56). Grande es en verdad la empresa a ellos confiada, y para que pueda llevarse a cabo más fácilmente, todos los verdaderos cristianos deben colaborar a ella según sus posibilidades, con sus oraciones y con sus limosnas. Tal vez no haya obra más agradable a Dios que ésta, que se halla tan estrechamente unida al deber común de propagar el reino de Dios. Estos heraldos del Evangelio, en efecto, consagran toda su vida en procurar que la luz de Jesucristo ilumine a todo hombre que viene al mundo (57) para que su divina gracia conquiste y encienda a todas las almas y a todos anime a una vida virtuosa y cristiana. Ellos no buscan sus propios intereses, sino los de Jesucristo (58). Correspondiendo generosamente a la voz del Redentor Divino, pueden aplicarse el dicho del Apóstol de las gentes: "Somos embajadores de Cristo" (59) y también "aunque vivimos en la carne, no militamos según la carne" (60). Consideran a los países adonde han ido para llevarles la luz del Evangelio, como a su segunda patria y los aman con amor efectivo. Y aún conservando vivísimo el afecto a su dulcísima patria, a su propia diócesis, al propio Instituto religioso, con todo están convencidos de que se debe poner por encima de todo el bien universal de la Iglesia y de que a ella, en primer lugar, se ha de servir con todos los medios.

Sepan, por tanto, estos amados hijos — y todos aquellos que en esas regiones les prestan su generosa ayuda, sea como catequistas, sea de cualquiera otra manera — que los tenemos presentes en nuestra mente de modo especialísimo y que cada día elevamos nuestras oraciones a Dios en favor suyo y de sus empresas, y que, además, confirmamos ahora con nuestra autoridad y con igual encarecimiento todo lo que en materia de misiones han establecido acertadamente en sus encíclicas nuestros predecesores, de feliz memoria, en particular Pío XI (61) y Pío XII (62).

#### A las religiosas

Ni queremos pasar por alto a las santas vírgenes que se han consagrado a Dios por los votos religiosos para dedicarse a su único servicio y estar enteramente unidas al divino Esposo por los lazos de místico desposorio. Esas almas — ya sea que en el silencio de la clausura lleven una vida escondida dedicándose a la oración y penitencia, ya se empleen en obras externas de apostolado — no sólo pueden cuidar más fácil y dichosamente de su propia salvación, sino también ayudar en gran manera a la Iglesia, tanto en los países cristianos como en las lejanas tie-

rras en donde no ha brillado todavía la luz del Evangelio. ¡Cuántas y cuán grandes obras no llevan a cabo estas vírgenes santas; obras como nadie podría hacerlas con tan virginal y materno cuidado! Y no en uno sólo, sino en muchos campos de trabajo, como son la recta instrucción y educación de la juventud, la enseñanza del catecismo a niños y niñas en el ámbito de la parroquia, el trabajo en los hospitales, en donde al tiempo que cuidan de los enfermos pueden elevar sus almas al pensamiento de las cosas del cielo; en los asilos de ancianos, a quienes asisten con paciente, alegre y compasiva caridad, induciéndolos con admirable y suave eficacia al deseo de la vida eterna; finalmente, la diversidad de asilos de niños, en donde brindan todo el afecto y la delicadeza materna a criaturas que, huérfanas o abandonadas de sus padres, no tienen de quién recibir los cuidados de la vida y las naturales muestras de ternura. Estas almas son, sin género de duda, altamente beneméritas no sólo de la Iglesia católica, de la educación cristiana y de las obras de misericordia, sino también de la sociedad civil, y se están, además, preparando una corona incorruptible para sí mismas en el cielo.

#### A la Acción Católica y a cuantos colaboran en el Apostolado

Hoy día, sin embargo, como bien lo sabéis, venerables hermanos y amados hijos, aun en el campo cristiano las necesidades de los hombres son tan grandes y tan diversas que ni el clero ni religiosos y religiosas juntos parecen poder ya remediarlas plenamente. Además, los sacerdotes, religiosos y religiosas no pueden tener acceso a todas las categorías de personas; no todos los caminos les están abiertos; muchos, en efecto, no les prestan la menor atención o tratan de evitar su conversación, y hasta no faltan, desgraciadamente, quienes los desprecian y aborrecen.

Por este grave y doloroso motivo ya nuestros predecesores han hecho su invitación también a los seculares a que, formando filas en la pacífica milicia de la Acción Católica, presten su colaboración en el apostolado a la Jerarquía eclesiástica; lo que ésta no lograría hacer en las actuales circunstancias, podría llevarse a cabo gracias a la generosidad de hombres y mujeres católicos que con ánimo sumiso se presten a colaborar en las obras de los sagrados Pastores. Es, por cierto, de gran consuelo para Nos el considerar las obras que han realizado y las empresas que han podido adelantar en el decurso del tiempo aun en los países de misiones estos colaboradores de los Obispos y sacerdotes, apóstoles seculares de toda edad, clase y condición, al contribuir con su ferviente y activo celo a que la verdad cristiana brille para todos y a todos llegue la invitación al ejercicio de la virtud cristiana.

Pero tienen todavía ante sí un amplísimo campo de trabajo, pues son aún innumerables los que reclaman su luminoso ejemplo y su trabajo apostólico. Por lo mismo, es nuestra intención tratar en el futuro nuevamente y con mayor amplitud de esta materia, que consideramos ser de la mayor importancia. Mientras tanto, abrigamos la esperanza de que así los que militan en las filas de la Acción Católica como en las múltiples asociaciones pia-

dosas que florecen en la Iglesia prosigan con la mayor diligencia en llevar adelante una obra tan necesaria; cuanto más grandes son las necesidades de nuestro tiempo, tanto mayores han de ser sus esfuerzos, su diligencia y las iniciativas de su celo. Sea su norma la perfecta concordia mutua, pues, como bien lo saben, la unión hace la fuerza; dejen a un lado su propia opinión cuando se trata de la causa de la Iglesia católica, que ha de estimarse por encima de todo; y esto no sólo en cuanto se refiere a la sagrada doctrina, sino también en lo que hace a las normas de disciplina cristiana emanadas de la Iglesia, que reclaman siempre la sumisión de todos. En compacto escuadrón y unidos siempre con la jerarquía católica y sumisos a ella, avancen en prosecución de nuevas conquistas; no escatimen trabajo alguno ni rehusen ninguna dificultad por que triunfe la causa de la Iglesia.

Para obtener esto debidamente, procuren ante todo en sí mismos — sin tener de ello la menor duda — la mejor conformidad con la doctrina y la virtud cristianas. Pues solamente en este caso podrán transfundir en los demás lo que ellos han logrado para sí con la ayuda de la gracia divina. Esta recomendación la dirigimos de modo especial a los jóvenes y adolescentes, cuya ardorosa voluntad fácilmente se entusiasma con los más nobles ideales, pero que al mismo tiempo necesitan la mayor prudencia, moderación y sumisión debida a los que tienen por superiores. A estos hijos amadísimos que forman la esperanza de la Iglesia, y en cuya activa y salvadora colaboración tanto confiamos, queremos llevar nuestra viva gratitud y la expresión de nuestro ánimo paternal.

### A los afligidos y atribulados

Y ahora parecen llegar a nuestros oídos las voces de lamento de cuantos frente a la enfermedad del cuerpo o del espíritu se ven aquejados por el más amargo dolor, y de los que a tal punto sufren las estrecheces económicas de la vida que carecen hasta de una habitación digna de hombres, ni pueden, a pesar de sus sudores, asegurar para sí y para sus hijos el necesario alimento. Estos lamentos tocan vivamente y conmueven nuestro corazón. Así, queremos en primer lugar acudir a los enfermos y a los imposibilitados por la debilidad o la vejez con el auxilio y consuelo que viene de lo alto. Recuerden todos ellos que no tenemos en la tierra ciudad permanente, antes buscamos la futura (63). No olviden que los dolores de esta vida mortal, válidos ya como expiación, elevan y ennoblecen el alma y son medio precioso para la adquisición del gozo eterno de los cielos; acuérdense de que el mismo Divino Redentor, para lavar las manchas de nuestros pecados, subió el patíbulo de la cruz y libremente sufrió por esta misma causa desprecios y tormentos y angustias crudelísimos. Como EL, así también nosotros somos llamados a la luz por el camino de la cruz, conforme a estas palabras: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame" (64); y tendrá un tesoro inagotable en los cielos (65).

Es además deseo nuestro — y confiamos en que sea recibida con agrado nuestra exhortación — que los dolo-

res del cuerpo y los del alma se transformen no solamente en otros tantos escalones para poder ascender a la patria eterna, sino que contribuyan también a expiar los pecados ajenos para hacer volver al seno de la Iglesia a los que en mala hora se han alejado de ella y para conseguir el deseado triunfo del nombre cristiano.

### A los que tienen menos fortuna

Por su parte, los que pertenecen al número de los que tienen menos fortuna y que se lamentan de las condiciones de su vida, miserables en extremo, sepan, ante todo, que no es menor el dolor que Nos experimentamos por su propia suerte. Y esto no sólo porque deseamos con ánimo paterno que las mutuas necesidades de las clases sociales tengan por norma y sean reglamentadas por la justicia, que es virtud esencialmente cristiana, sino también porque es para Nos en extremo doloroso el ver que los enemigos de la Iglesia abusan con tanta facilidad y se aprovechan de las injustas condiciones de los pobres para atraerlos a su partido con engañosas promesas y errores falaces.

Tengan presente estos queridísimos hijos nuestros que la Iglesia no es enemiga de ellos ni de sus derechos, sino que, como madre amantísima, los defiende, y en el campo social predica e inculca tales doctrinas y normas que, si fuesen totalmente puestas en práctica, como se debía hacer, eliminarían cualquier clase de injusticia y se llegaría a una mejor y más equitativa distribución de las riquezas (66). Se fomentaría asimismo una amistosa y bienhechora actividad y cooperación entre las diversas clases sociales, de tal suerte que todos se podrían llamar y ser realmente ciudadanos libres de una misma comunidad y hermanos de una misma familia.

Por lo demás, si se ponderan con ecuanimidad las ventajas y mejoras que han conseguido en estos últimos tiempos los que viven del trabajo de cada día, es necesario reconocer que éstas se deben principalmente a la actividad que los católicos diligente y eficazmente han desplegado en el campo social, secundando las sabias disposiciones y repetidas exhortaciones de nuestros predecesores. Quienes se proponen defender los derechos económicos del pueblo tienen en la doctrina social cristiana rectas y seguras normas, que, puestas debidamente en práctica, bastarán para satisfacer esos derechos. Por lo cual nunca deben acudir a los defensores de doctrinas condenadas por la Iglesia. Es verdad que éstos atraen con falsas promesas. Pero en realidad allí donde ejercen el poder público se esfuerzan con audacia temeraria en arrancar de las almas de los ciudadanos los supremos valores espirituales, es decir, la fe cristiana, la esperanza cristiana, los mandamientos cristianos. Asimismo restringen o aniquilan completamente lo que exaltan hasta las nubes los hombres de hoy día, a saber: la justa libertad y la verdadera dignidad debida a la persona humana. De esta manera se empeñan en echar por tierra los fundamentos de la civilización cristiana. Quienes, pues, quieren verdaderamente mantener el nombre de cristianos están obligados con deber gravísimo de conciencia a rechazar esas engañosas invenciones que

nuestros predecesores, en particular Pío XI y Pío XII, de feliz memoria, ya condenaron y que Nos de nuevo condenamos.

Sabemos que no pocos hijos nuestros, afligidos por la pobreza o mísera fortuna, se lamentan con frecuencia de que no se han llevado todavía a la práctica todas las disposiciones cristianas sobre la cuestión social. Es necesario trabajar, y trabajar industriosa y eficazmente — no sólo de parte de los particulares, sino, sobre todo, de los gobernantes —, para que cuanto antes, aunque por sus pasos, se lleve a la práctica real y completamente la doctrina social cristiana que nuestros predecesores tantas veces, tan amplia y sapientemente declararon y establecieron y que Nos mismo confirmamos (67).

### A los emigrados

No es menor nuestra solicitud por la suerte de quienes, movidos ya por la necesidad de buscar sustento, ya por la triste situación de sus naciones y por las persecuciones levantadas a causa de la religión, se han visto obligados a abandonar su patria. ¡Cuántas y cuán grandes molestias y aflicciones han de soportar! Muy lejos de la casa paterna, muchas veces tienen que vivir en populosas ciudades y en ensordecedoras fábricas, con una vida tan distinta de las costumbres de sus antepasados y algunas veces — lo que es peor — no poco nociva y contraria a la virtud cristiana. En tales circunstancias no es raro que muchos caigan en grave peligro y poco a poco abandonen sus sanas tradiciones religiosas. A esto se debe añadir que muchas veces se separa un esposo del otro, los padres de los hijos; se debilitan los lazos y relaciones domésticas con gran daño para la estructura de la familia.

Por tanto, Nos alentamos la obra industriosa y eficiente de los sacerdotes que, empujados por el amor a Jesucristo y secundando las normas y los deseos de la Sede Apostólica, desterrados voluntarios, no escatiman ningún trabajo, según sus posibilidades, en favor del bien espiritual y social de estos hijos. Consiguen, además, que éstos sientan en todas partes la caridad de la Iglesia, caridad tanto más presente y eficaz cuanto ellos se encuentran más necesitados de ayuda.

De igual manera, con sumo gusto, consideramos dignos de alabanza los esfuerzos realizados por varias naciones en favor de causa tan importante. De manera semejante, las iniciativas emprendidas recientemente por las mismas naciones en común para que este gravísimo problema sea conducido cuanto antes a la deseada solución. Estas medidas — de ello tenemos segura esperanza — conducirán no sólo a abrir un camino más ancho y fácil a los emigrantes, sino también a la reintegración de los núcleos familiares. Pues la familia, constituida según lo pide el recto orden, puede ciertamente velar con eficacia por el bien religioso, moral y económico de los mismos emigrantes, no sin beneficio de los países que los acogen.

### A la Iglesia perseguida

Mientras exhortamos a todos nuestros hijos en Cristo a evitar los funestos errores que pueden destruir no sólo

la religión, sino la comunidad de los hombres, vienen a nuestro recuerdo tantos venerables hermanos en el Episcopado y amados sacerdotes y fieles que por coacción han sido desterrados o detenidos en campos de concentración y en cárceles, precisamente porque no han querido faltar a su deber episcopal o sacerdotal ni apostatar de la fe católica.

A nadie queremos ofender; antes más bien deseamos conceder a todos el perdón y pedírselo a Dios. Pero la conciencia de nuestro deber sagrado exige que defendamos, según nuestra posibilidad, los derechos de estos hermanos e hijos, y que roguemos insistentemente para que sea concedida a todos ellos la legítima libertad, que a todos es debida, y, por tanto, también a la Iglesia de Dios. Quienes siguen los principios de la verdad, de la justicia; quienes sirven a los intereses particulares y colectivos, no niegan la libertad, no la extinguen, no la oprimen: no tienen necesidad de recurrir a estos medios. Pues es cierto que con la violencia y con la opresión de las conciencias nunca se llegará a la justa prosperidad de los ciudadanos.

Pensamos que se ha de tener, por cierto de una manera especial, que, cuando se desconocen o se conculcan los sacrosantos derechos de Dios y de la religión, más pronto o más tarde vacilan y caen por tierra las mismas columnas de la sociedad. Lo notaba sapientísimamente nuestro predecesor León XIII: "De donde se sigue... que, cuando se repudia la suma y eterna norma de Dios que manda y prohíbe, entonces se quebranta el vigor de las leyes y se debilita toda autoridad" (68). Con lo cual concuerda aquella sentencia de Cicerón: "Vosotros, ¡oh pontífices!, más diligentemente defendéis la ciudad con la religión que con las mismas murallas" (69).

Considerando estas cosas, con sumo dolor abrazamos en nuestro corazón a todos y cada uno de aquellos que son oprimidos en el ejercicio de la religión y que muchas veces también "padecen persecución por la justicia" (70) y por el reino de Dios. Participamos en sus dolores, en sus angustias, en sus aflicciones, y elevamos nuestras súplicas al cielo para que rompa finalmente para ellos la aurora de tiempos mejores. Y esto mismo deseamos con toda el alma, a saber, que se unan a Nos todos nuestros hermanos e hijos en tal manera que desde todos los rincones de la tierra suba a Dios misericordioso un coro inmenso de súplicas que haga descender sobre estos desventurados miembros del Cuerpo místico de Cristo una abundante lluvia de gracias.

### Renovación de la vida cristiana: la Caridad

No pedimos a nuestros queridísimos hijos solamente oraciones, sino también la renovación de la vida cristiana, que, más que las mismas oraciones, puede volver a Dios propicio hacia nosotros y hacia nuestros hermanos. Con gusto os repetimos las hermosas y sublimes palabras del Apóstol de las Gentes: "Atended a cuanto hay de verdad, de honorable, de justo, de puro, de amable, de laudable, de virtuoso, de digno de alabanza: a esto estad atentos" (71). "Vestíos del Señor Jesucristo" (72). Es decir: "Vosotros.

pues, como elegidos de Dios, santos y amados, revestidos de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, longanimidad... Pero, por encima de todo esto, vestíos de la caridad, que es vínculo de perfección. Y la paz de Cristo reine en vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados en un solo cuerpo" (73).

Insistentemente os lo pedimos: si alguno infelizmente se ha alejado del Divino Redentor con el pecado, vuelva a Él, que es camino, verdad y vida (74). Si alguno es tibio, lánguido, descuidado en el cumplimiento de los deberes religiosos, reavive su fe, y con el auxilio de la divina gracia alimente y consolide su virtud. Finalmente, si alguno, por la misericordia de Dios, es justo, practique aún la justicia, y el santo santifíquese más" (75).

Y puesto que hay tantos que tienen necesidad de nuestro consejo, de la luz de nuestro ejemplo y también de nuestra ayuda para las miserables condiciones en que se encuentran, ejercitaos todos, cada uno según las propias fuerzas y los propios medios, en las obras que se llaman de misericordia, gratísimas a Dios.

Si todos procuráis practicar estas cosas, brillará con nuevo esplendor lo que se dice de los cristianos tan magníficamente en la epístola a Diogneto: "Están en la carne, pero no viven según la carne. Habitan en la tierra, pero en el cielo tienen su patria. Obedecen a las leyes establecidas, pero su género de vida supera las leyes... Son desconocidos, y se les condena; mueren, y son vivificados. Son mendigos, y enriquecen a muchos; están ne-

cesitados de todo, y de todo tienen en abundancia. Son deshonrados, y entre los deshones reciben gloria; es desgarrada su fama, y se da testimonio de su justicia. Son reprendidos, y bendicen; son maltratados, y tributan honor. Aun haciendo el bien, son castigados como malvados; castigados, se gozan como si fuesen vivificados. Sencillamente, lo que es en el cuerpo el alma, esto son los cristianos en el mundo" (76). Muchas de las cosas que se dicen en estos sublimes pensamientos se pueden aplicar a los cristianos pertenecientes a la Iglesia que se llama "del silencio", por quienes debemos orar todos de manera especial, como hace poco hemos recomendado vivamente a todos los fieles en las alocuciones tenidas en la basílica de San Pedro el día de Pentecostés y en la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús (77).

Esta renovación de la vida cristiana, esta vida virtuosa y santa, deseamos a todos vosotros e imploramos con continua oración no sólo por los que firmemente perseveran en la unidad de la Iglesia, sino también por los que se esfuerzan por llegar a ella con el amor a la verdad y con sincera voluntad.

Que la apostólica bendición que a todos y cada uno de vosotros, venerables hermanos y amados hijos, impartimos con paterno y efusivo amor os concilie y atraiga las gracias del cielo.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 29 de junio 1959, fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, en el año primero de nuestro pontificado.

JUAN PP. XXIII

- (1) Cfr. Is. XI, 12.  
 (2) I Tim. VI, 16.  
 (3) Jn. I, 14.  
 (4) Jn. I, 9.  
 (5) II Tim. III, 7.  
 (6) Efes. IV, 13-16.  
 (7) Epist. "Saepenumero considerantes"; A. L., vol. III, 1883, p. 262.  
 (8) Epist. "Exeunte iam anno"; A. L., vol. VIII, 1888, p. 396.  
 (9) Encicl. "Humanum Genus"; A. L., vol. IV, 1884, p. 53.  
 (10) Epist. "Praeclara gratulationis"; A. L., vol. XIV, 1894, p. 210.  
 (11) Epist. "Permoti Nos"; A. L., vol. XV, 1895, p. 259.  
 (12) Encicl. "Rerum novarum"; A. L., vol. XI, 1891, p. 109.  
 (13) Radiomensaje de Navidad 1944; "Discorsi e radiomessaggi di S. S. Pio XII", vol. VI, p. 239.  
 (14) Radiomensaje al LXXIII Congreso de Católicos Alemanes; ibid. vol. XI, p. 189.  
 (15) Marc. VIII, 2.  
 (16) A. A. S., vol. XXIII, 1931, pp. 393-394.  
 (17) "Por un sólido orden social"; "Discorsi e radiomessaggi di S. S. Pio XII", vol. VII, p. 350.  
 (18) I Cor. XIII, 4-7.  
 (19) Epist. "Inter graves"; A. L., vol. XI, pp. 143-144.  
 (20) Mat. XXVIII, 20.  
 (21) Cfr. Heb. V, 7.  
 (22) Jn. XVII, 21.  
 (23) Jn. X, 16.  
 (24) Cfr. encicl. "Mortalium animos" de vera religionis unitate fovenda; A. A. S., vol. XXX, 1928, p. 5 ss.  
 (25) II or., XIII, 8.  
 (26) Cfr. J. H. Newman, "Difficulties of Anglican", vol. I, lect. X, p. 261 ss.  
 (27) Act., XX, 28.  
 (28) Cfr. Mat. XVI, 18.  
 (29) Cfr. ibid., XVI, 19.  
 (30) Cfr. Luc. XXII, 32.  
 (31) Cfr. Jn. XXI, 15-17.  
 (32) Epist. XLIII, 5; orp. Vind., III, 2, 594; cfr. Epist. XL, en Migne, PL, IV, 345.  
 (33) Cfr. Ps. XLIV, 15.  
 (34) "Canon Missae".  
 (35) Cfr. "Hom. in mysticam caenam"; PG, LXXVII, 1027.  
 (36) Filip. I, 8.

- (37) Hebr. XIII, 7.  
 (38) S. Aug., In Ps. 32, Enarr. II, 29; PL, XXXIV, 299.  
 (39) Ibid., InPs. 82, Enarr. II; Migne, PL, XXXVII, 1140.  
 (40) Jn. XVII, 11, 17, 29, 21, 23.  
 (41) Gen. XLV, 4.  
 (42) II Cor., VII, 2.  
 (43) Filip. IV, 7.  
 (44) Cfr. Luc. II, 14.  
 (45) Jn. XIV, 27.  
 (46) Mat. VI, 33.  
 (47) II Cor. VI, 11.  
 (48) Cfr. Mat. XX, 12.  
 (49) Sant. I, 17.  
 (50) Jn. XV, 5.  
 (51) Filip. IV, 13.  
 (52) Ibid., IV, 19.  
 (53) Funo, "Patres Apostolici", I, 243-245.  
 (54) Ibid., I, 267; cfr. Migne, PG, V, 699.  
 (55) II Tesal. III, 1.  
 (56) Cfr. Jn. I, 9.  
 (57) Cfr. Filip. II, 21.  
 (58) II Cor. V, 20.  
 (59) Encicl. "Rerum Ecclesiae"; A. A. S., vol. XVIII, 1926, p. 65 ss.  
 (60) Encicl. "Evangelii praecones"; A. A. S., vol. XLIII, 1951, p. 497; y encicl. "Fidei donum"; A. A. S., vol. XLIX, 1957, p. 225 ss.  
 (61) Cfr. Hebr. XIII, 14.  
 (62) Lc. IX, 23.  
 (63) Cfr. ibid., XII, 33.  
 (64) Cfr. encicl. "Quadragesimo anno"; A. A. S., vol. XXIII, 1931, pp. 196-198.  
 (65) Cfr. Alocución de Pio XII a las Asociaciones de Obreros Cristianos de Italia, tenida el 11 marzo 1945; A. A. S., vol. XXXVII, 1945.  
 (66) Epist. "Exeunte iam anno"; A. L., vol. VIII, 1888, p. 398.  
 (67) "De Natura Deorum", III, 40.  
 (68) Mat. V, 10.  
 (69) Filip. IV, 8.  
 (70) Rom. XIII, 14.  
 (71) Col. III, 12-15.  
 (72) Jn. XIV, 6.  
 (73) Apoc. XXII, 11.  
 (74) Funk, "Patres Apostolici", I, 396. Cfr. Migne, PG, II, 1174-1175.  
 (75) Cfr. "L'Osservatore Romano", 18-19 mayo 1959 y 7 junio 1959.



# LA IGLESIA DEL SILENCIO

## CRONICA

### Detención de católicos polacos

Los católicos de Krasnik Fabryczny (zona de Lublín) levantaron con su propio esfuerzo una iglesia, ya que la falta de un nuevo templo era muy sentida en aquella localidad.

Las autoridades civiles, que sólo a los efectos de propaganda muestran tolerancia hacia lo religioso, ordenaron inmediatamente la destrucción de esta iglesia que tantos esfuerzos había costado. En cumplimiento de la orden, la Corporación municipal de Krasnik Fabryczny acordó en pleno su demolición, so pretexto de haberse erigido el edificio *sin obtener el previo permiso municipal*, y ante la total protesta de los fieles un piquete del Ayuntamiento derribó el templo.

Exasperado el pueblo por este acto, se manifestó públicamente, llegando a asaltar el Ayuntamiento y una Comisaría de policía.

Noticias llegadas de Berlín y de Varsovia, informan que la Policía está procediendo a la detención de las personas que figuran en las fotografías obtenidas durante aquella manifestación, a quienes al parecer se somete a juicios sumarísimos secretos.

### Checoslovaquia: Un aniversario

Diez años se han cumplido ya desde que Monseñor José Beran, arzobispo de Praga, fue arrancado de su archidiócesis y deportado, en calidad de preso, a una localidad desconocida.

Con este acto de violencia comenzaba una nueva fase de la persecución comunista en Checoslovaquia: se había constreñido al silencio a la Jerarquía Católica, a fin de que los fieles fueran dóciles instrumentos en manos de los comunistas.

Hoy, al cabo de diez años, Mons. Beran sigue preso y todavía nos es desconocido el lugar de su extrañamiento, pero su nombre y su persona constituyen todo un símbolo: con firme coraje se opuso a las exigencias del régimen comunista, que pretendía aquiescencias y transacciones indignas de la mitra; este valeroso ánimo — que ya había demostrado en el tristemente célebre campo de Dachau — le costó la pena que ahora sufre.

Para quienes la desconozcan, haremos un poco de historia de la Iglesia checoslovaca a partir de la instauración del Régimen comunista.

A mediados de 1949 las autoridades convocaron en Praga a todos los sacerdotes y fieles católicos de Checoslovaquia con un propósito bien definido: promover la formación de una sedicente “*acción católica*”, que debía aceptar en nombre de la Iglesia todas las pretensiones del estado. En el *manifiesto* que se publicó a raíz de esta convocatoria se encontraban afirmaciones y declaraciones que han pasado luego a ser

las típicas de las “*Asociaciones patrióticas*” de los demás países dominados por el comunismo.

Entre otras cosas, se decía que los católicos debían obedecer al Papa en cuestiones de fe pero “*que no podían recibirse del extranjero directrices políticas*” y aludiendo al Arzobispo, aunque sin nombrarlo, los promotores de esta “*acción católica*” amonestaban severamente a “*aquellos que intentasen de cualquier modo desviar a los sacerdotes y fieles católicos de su interés constructivo bajo las directrices del Estado*”.

Monseñor Beran dirigió una pro-memoria al por entonces presidente de la “*república popular*”, Gottwald, en la que enumeraba todos los atentados de que la Iglesia era víctima. Entre otras cosas le decía:

“...y he aducido los anteriores ejemplos porque demuestran la manifiesta voluntad de reducir progresivamente la libertad de la Iglesia. Que ello no sea, desgraciadamente, una suposición lo demuestran las consignas precisas que, en tal sentido, se cursan a los servicios de Seguridad. Sabemos que tales consignas obedecen a una política antireligiosa y que estamos en el prelude de la fase de acción. Creemos, por tanto, haber interpretado perfectamente el sentimiento de todos los católicos al condenar los procedimientos anti-constitucionales que conculcan los derechos de la Iglesia y sus miembros; por la misma existencia de estas consignas, los católicos — y por ende la inmensa mayoría de la población — han sido puestos, hoy, fuera de la Ley. Por estas razones Nos refutamos la afirmación difundida de que se debe al Episcopado el hecho de no llegar a un entendimiento con el Estado...”

En vista de que no podía doblegar al Arzobispo, el gobierno, sirviéndose de aquella “*acción católica*” intentó suscitar entre los católicos el “*movimiento de base*” que apartase al alto clero “*afecto al Vaticano y al imperialismo agresivo*” del cumplimiento de su deber.

La pretendida “*acción católica*”, instrumento del Estado y expresión directa de tales tentativas, fue inmediatamente condenada como cismática por una declaración colectiva del Episcopado de 13 de junio de 1949. En este documento se decía:

“El estado no quiere un acuerdo con la Iglesia, sino el sometimiento de ésta a una ideología anticristiana, que profesa el marxismo, y que requiere para el Estado el derecho de gobernar la fe, las conciencias y las costumbres, cosa que ningún cristiano puede admitir...”

Mientras tanto, Mons. Beran era estrechamente vigilado en su residencia, y un funcionario comunista, llamado Houspa, que se introdujo en la curia de Praga, robó los sellos y timbres episcopales, falsificando instrucciones al clero e interceptando la correspondencia y llamadas telefónicas.

El 18 de junio, el Arzobispo logró forzar la vigilancia de la policía y refugiarse en el monasterio de Strahov, desde donde declaró públicamente:

*“Prometo solemnemente a Dios y a la Nación que no aceptaré jamás un acuerdo contrario a los derechos de la Iglesia y del Obispado. Nada y nadie podrán llevarme a la comisión de tales actos, porque la Iglesia es una y sin Obispos no puede existir la Iglesia Católica. Si alguien pretende afirmar algún día que he tolerado o firmado cualquier cosa sobre este extremo, podéis rechazarlo...”*

Terminado este discurso, los fieles en masa acompañaron a Mons. Beran a su residencia. Al día siguiente el Arzobispo tenía que participar en la procesión del Corpus, pero desde las primeras horas de la mañana el gobierno había destacado grupos de activistas en la Catedral, mientras que la casi totalidad de los fieles había sido alejada por las fuerzas de la policía. Para darse cuenta a qué clase pertenecían los “fieles” concentrados por el partido en el templo, baste decir que testigos oculares italianos afirman haber visto gentes con la gorra calada y colilla en los labios en el interior de la seo.

Al aparecer Mons. Beran en el presbiterio e intentar dirigir una palabras al pueblo, aquellos activistas empezaron a gritar, profiriendo denuestos e insultos hasta sofocar la voz del Prelado. Los pocos fieles verdaderos que había en el templo se apiñaron alrededor del Arzobispo y lograron dominar el tumulto entonando a voz en grito el himno de San Wenceslao.

Protegido así por este puñado de fieles logró Mons. Beran salir de la Catedral y dirigirse a su residencia, frente a la cual quedaron aquellos católicos y otros que fueron sumándose, gritando “¡Viva el Arzobispo!” Inmediatamente apareció la policía que cargó contra los “manifestantes”, mientras que coches policiales provistos de megáfonos repetían insistentemente “¡Gloria a Gottwald!”

Luego procedieron a la detención del Arzobispo y, con ella, la de la casi totalidad de Obispos checoslovacos.

De estos hechos se cumple, pues, ahora el décimo aniversario.

### Persecución de la Iglesia en Kerala

La escuela católica de San José, en Trivandrum fue asaltada por las hordas rojas. Este ataque que, desde hacía días, era temido por los católicos, pudo ser sor-

prendido gracias a que varios grupos de fieles voluntarios habían ocupado el centro, armados tan sólo con palos.

Cuando llegaron los activistas reclutados por el partido, ambos bandos se enzarzaron en una ruda pelea, que parecía iba a decantarse definitivamente en favor de los católicos hasta que llegaron fuerzas de la policía del Estado, que empezó a rodearlos. Los asaltantes pudieron así marcharse tranquilamente, mientras la policía entraba en la escuela y procedía a la detención de todos los que se encontraban en ella so pretexto de “alteración del orden público”, ya que los católicos — según manifestó un alto funcionario de las fuerzas de represión — “provocaron evidentemente al pueblo”, por cuya razón se les ha encarcelado y ocupado definitivamente su escuela.

Protestando contra tales hechos, el Obispo de Kerala, Dr. Vicente Deraba, ha remitido una larga acusación al Gobierno Central de Nueva Delhi sobre las actividades de los comunistas en Trivandrum, solicitando además la intervención de las tropas federales que se hallan acuarteladas en dicha localidad y que, hasta el momento, no han actuado en espera de recibir órdenes de Nueva Delhi.

Por otra parte, las 7.000 escuelas católicas, que suman un total de 10.000 edificios docentes, están amenazados por una orden de clausura dictada por el gobierno de Nambudiripad y sus adláteres, quienes han manifestado que la nueva legislación sobre enseñanza estaba sólo encaminada a disminuir los poderes de los católicos y que sólo a éstos afectaría. Esta legislación concede al Estado el poder de “seleccionar” los profesores de los centros docentes, tanto los oficiales como en los privados.

De todas formas, hasta el momento de escribir estas líneas, el gobierno de Trivandrum no ha puesto todavía en práctica tales acuerdos. Por otra parte, los católicos de Kerala (unos 3.500.000 sobre un total de población de 13.500.000 habitantes) están completamente dispuestos — y así lo han manifestado — a que sus escuelas permanezcan abiertas y que sus hijos reciban la enseñanza religiosa que intenta prohibir el Estado.

### La situación en China

Nuevos informes confirman la noticia de la detención de seis Padres Jesuitas de Zi-Ka-Wei, cuyo nombre dábamos en nuestro número anterior. A éstos hay que añadir ahora nuevos nombres: los del P. Matías Ch'en, S. I., de la Parroquia de San Pedro, que ha sido deportado a Manchuria, el P. Tsang que había llegado a Shanghai huyendo de la persecución de que era objeto en la aldea donde oficiaba, los Padres Tsing Tsongkiéh y Pa-gniu, ambos de la Parroquia del Sagrado Corazón, que han sido condenados a trabajos forzados después de un juicio público en el curso del cual les

han sido dirigidas las más infamantes acusaciones. Al parecer también ha sido preso y condenado otro sacerdote, avanzada edad, que oficiaba en la Iglesia de Santa Teresa, de Shanghai, cuyo nombre, de momento, ignoramos. Este último sacerdote, junto con el aludido P. Tsang, y aquellos seis Jesuitas han sido trasladados a la Penitenciaría de Nanto (Shanghai), donde sigue aún preso, desde 1955, Monseñor Kiung.

Los informes aseguran también que los PP. Yang, O. F. M., y Ting, S. J., condenados a trabajos forzados desde hace ya dos años, siguen en condena y han perdido la razón a causa de los malos tratos inferidos por las fuerzas policiales.

Sin referirnos, de momento, a la intensa campaña desencadenada por el Estado contra el pensamiento y dogma católicos, numerosos hechos prueban que cotidianamente se obstaculiza el ejercicio del culto. Vayan los dos siguientes como muestra:

Un viajero católico que ha poco se encontraba en Pequín un domingo, acompañado por una guía oficial, pidió a ésta que le llevara a una Iglesia para asistir a la Misa, a lo que la muchacha respondió con toda sequedad: "Si quiere usted ir a Misa tendrá que hacerlo a las cuatro de la mañana, o a las diez de la noche", añadiendo a renglón seguido ante la estupefacción del visitante: "Compréndalo, los sacerdotes deben trabajar como cualquier otro".

Una familia católica de Shanghai, que tenía una persona gravemente enferma, con peligro de muerte, telefoneó a tres parroquias distintas solicitando un sacerdote. La respuesta que recibieron fue unánime: "No hay sacerdotes, están en el trabajo, o en los cursos de estudios". Armándose de valor se dirigieron a un centro de "adoctrinamiento" donde reprodujeron su demanda. La respuesta fue como sigue: "Es imposible, los sacerdotes están en clase".

Como señala *L'Osservatore Romano*, hasta ahora podía distinguirse todavía entre la libertad religiosa, que es una pura ficción, y cierta libertad de culto, que los propios chinos comunistas tenían muy a pecho en mostrar a los visitantes. Pero ahora incluso esta pequeña libertad de culto, que en teoría sigue siendo "libre", ha desaparecido por imposibilidad material de su práctica.

A pesar de todos estos hechos, los diputados del Congreso Nacional de la Asamblea Consultiva, afirman cínicamente que "en China existe actualmente la más grande libertad religiosa de todos los tiempos. La insistencia y machaconería con que vienen repitiendo este "slogan" no puede por menos que resultar sospechosa, pues, si en realidad existiera tal libertad ¿por qué repetirlo tantas veces?

Por otra parte, mal se aviene esta supuesta libertad con los programas y consignas del Estado. Así, en la revista "Min Chu'tuan" ("La unidad de las naciones"),

órgano mensual del partido comunista, que se publica en Peiping, apareció un artículo de un tal Chu Ch'ing, en el que entre otras cosas se decía:

"...un comunista no puede ser creyente, porque la concepción comunista del mundo es diametralmente opuesta a la religiosa. El comunista ve el mundo a través de la perspectiva de la dialéctica materialista de Marx y Lenin, mientras que el creyente lo mira a través de una perspectiva idealista e ilusoria que el comunismo no puede por menos que rechazar... a los ojos del comunista la religión es, para los obreros, una traba mental capaz de ejercer tan nefasta influencia como el vino o el opio, y ello se debe a que la religión reconoce que la explotación y opresión del hombre es inevitable, ya que es la voluntad de Dios. Se opone, por otra parte, al progreso científico y fomenta la superstición y, lo que todavía es peor, hace soñar al hombre en un reino celeste para después de la muerte, lo que le sume en un total adormecimiento, y le obliga a aceptar como naturales la crueldad y miseria propias de una sociedad de clases... Por esta razón hay que romper de una vez y radicalmente con estas trabas tradicionales que representan la concepción religiosa de la vida e impregnar positivamente el espíritu de las masas con la dialéctica marxista..."

Resulta, por tanto, pueril el suponer que aquellos alardes de libertad religiosa sean fruto de la buena fe u obedezcan a una realidad. Los hechos, de una parte, y las doctrinas seguidas fielmente por el Estado por otra, demuestran bien a las claras cuál es la verdadera situación a que han sido reducidos los católicos en China: o el cisma (con todo lo que éste representa de completa sumisión al Estado), o las catacumbas.

Noticias proporcionadas por viajeros procedentes de Shanghai, Cantón y Tientsin abundan sobre este particular, afirmando que las presiones que las fuerzas estatales ejercen sobre los fieles para que firmen declaraciones contra el Papa son cada día más insistentes. "No firmar supone exponerse a desaparecer" manifestaba un refugio chino. Y de nuevo, en los cursos de "adoctrinamiento" para sacerdotes, uno de los puntos principales es "Separarse del Papa"; todos aquellos que se han negado a comentar este tema, o lo han hecho en forma contraria a la pretendida por el Estado, han sido condenados a trabajos forzados con fines "reeducativos".

"No os preocupéis por nuestros cuerpos, pero rogad por nuestras almas — dice un católico chino en una de las pocas cartas que han logrado atravesar la fiscalización y censura estatales —. Estamos dispuestos a sufrir por la gran familia de la Iglesia. Haced saber al Santo Padre cuanto le amamos y que siempre estamos a su lado en el pensamiento..."

# CRONICA INTERNACIONAL

## «América latina, tu hora llega»

Prosigue la agitación en la América latina, la inestabilidad.

Argentina, punto importante de inmediata acción, largo tiempo preparada por el comunismo, se debate en una intranquilidad continua; el elemento militar a veces y el elemento obrero-sindical otras, aparentemente cada uno por aspiraciones distintas y hasta opuestas, pero en el fondo resortes, puede que ignorándolo ellos mismos, de otros fines y conveniencias, mantienen el necesario clima de desasosiego, retrasando el tan necesario y deseado equilibrio político económico.

En Bolivia se produjo, una vez más, un levantamiento, que al fin se acabó mediante negociaciones entre gubernamentales y rebeldes. No es este detalle de la forma de dar fin, sino la reiteración del clima de inquietud.

Otras más podrían citarse, y hasta nos atreveríamos a decir que en el ambiente se percibe como posibilidades relativamente próximas de alguna otra convulsión en países de aquellas latitudes.

En el Caribe, tan de agitada actualidad, Cuba sigue dando la tónica. El figurón que eligiera otrora Fidel Castro para pantalla que, desde la Presidencia, puramente nominal, de la República, encubriera sus actividades, dejó de ser útil y se le arrinconó.

Es curioso que se le acuse precisamente como un estorbo a la revolución por sus actitudes anti-comunistas.

Salió el estorbo; se le sustituyó por un exaltado de las nuevas directrices; triunfó aparentemente Fidel Castro y con ello se cumplió un paso más hacia su propio fin. Si Castro no ahoga a la Revolución, cosa ya poco probable, la Revolución le ahogará a él. Por lo pronto ya se ha atrevido públicamente a reunirse el llamado Ga-

binete revolucionario sin su presencia ni asistencia.

A riesgo de hacernos pesados hemos de decir y repetir que no son muchos esporádicos; que la agitación en Sudamérica es fruto y obra de una acción perfectamente prevista y ordenada.

A darnos la razón viene la recientemente publicada editorial del órgano ruso "La Pravda", cuyo título lo explica todo:

«¡América latina, tu hora llega!»

## Paradojas Naserianas

La ya célebre, todavía innata, presa de Assuan, causa de las divergencias respecto de Egipto entre los occidentales, y de las promesas, reales o ficticias de los soviets, sigue produciendo situaciones contradictorias.

Decididos, al menos de palabra, los rusos a financiarla en buena parte y a llevar adelante su construcción, han presentado los planos correspondientes desarrollados por sus expertos ingenieros, al efecto largo tiempo desplazados en Egipto.

La financiación no está muy clara, pues según parece, además de lo que legasen a dar los rusos, habría capitales alemanes, franceses y de otras procedencias.

Lo curioso del caso es que ahora los planos rusos han pasado a manos de una comisión de expertos americanos, ingleses y alemanes para dictaminar sobre su calidad técnica y viabilidad de ejecución.

Así se estará dando el caso de una colaboración soviético-occidental en materia donde tanto debatieron, y sin que previamente hayan intentado ponerse de acuerdo sobre ello en Ginebra.

## Ginebra

No parece correcto pasar sin decir palabra del acontecimiento que según los calendarios políticos

mundiales es el hecho cumbre del momento.

Difíciles son las predicciones en esta materia, pero a la vista de lo sucedido en la primera parte y de cuanto se viene consiguiendo en la segunda, todo hace temer que los resultados sean muy menguados.

Con una lógica natural habría que decir que esas conferencias son perfectamente inútiles, pues si algo se ha conseguido alguna vez ha sido en virtud de una gestión extra conferencial, como quizá la que ahora lleve al Vicepresidente Nixon a Moscú.

Pero si se demostrase que las conferencias son inútiles, ¿qué sería de los hoteleros de Ginebra?

## Japón retoca su Código civil

El colapso producido por el fin de la guerra en el Japón no fue el meramente militar, político o económico.

Se produjo otro tanto o más importante en la ejecución del impuesto plan de democratización, dictado por los vencedores.

Los americanos quisieron hacer un Japón a su imagen y semejanza, con plenos derechos individuales, Constitución democrática y Libertad con mayúscula. La Constitución de 1946 estableció los derechos individuales, pero contra la Constitución y por encima de la Constitución estaban y están las tradiciones. Siendo éstas difíciles intentar vencerlas indirectamente, y para ello se proyecta primero una reforma del Código civil, a la que luego seguirá la del penal y otros.

La Constitución sigue inoperante en muchas cosas. En otras, para lo que les conviene, y como tantas veces sucede más en beneficio de los pillos que de los buenos, es invocada por el individuo, sujeto sagrado de la Constitución.

Se venía dando el hecho curioso de que los policías no podían

registrar a los sujetos de quienes sospechaban eran portadores de contrabando, pues si lo intentaban, los avispados constitucionales alegando que ello atentaba contra la "dignidad individual" prevista en la norma correspondiente, se oponían rotunda y eficazmente. Hubo que recurrir a la ficción y a la hipocresía. Así, para aprehender a un contrabandista notorio y sospecho de llevar materia prohibida encima, se le acusaba previamente de estar afecto de una peligrosa enfermedad contagiosa que ponía en peligro la salud pública; seguidamente se le llevaba a una habitación aislada donde no cupieran contagios, venían médicos que, para proceder a su reconocimiento sanitario, en presencia de la policía, le desnudaban. Y entonces con aparente estupefacción de todos le eran hallados encima los elementos prohibidos, y los médicos le declaraban sano.

Siendo el reducto de las tradiciones la familia, se espera que a través del nuevo Código civil se rompa ese círculo insuperable de las relaciones familiares según la tradición.

La ley establece la mayoría de edad, pero de nada sirve si no concuerda con la tradición. Según ésta no se es verdaderamente adulto hasta que se llega al matrimonio; y asimismo, según la propia tradición, ningún matrimonio se puede considerar válido hasta el nacimiento de los primeros niños. De forma que hoy en día persiste la patria potestad, con total disposición de bienes, hasta que el hijo está casado y tiene hijos.

Muchas más cosas podrían señalarse en punto a las discrepancias de las ideas actuales con la tradición nipona, sobre todo en cuanto

a la situación de la mujer en el matrimonio, las concubinas legales, etc., pero nos extenderíamos demasiado.

Siendo parte esencial del Código los derechos de familia y estado civil de las personas, a través de él se pretende superar la discrepancia con la tradición.

El profesor de la Universidad de Tokio, Dr. Sakae Agatsuma, junto con una comisión de expertos, debe cuidar de dar cima al trabajo en uno o más años. Veremos si logra su propósito.

#### Krutchev cita la Biblia

En su reciente visita a Polonia, hablando ante una concentración de mineros habida en la localidad de Sosnowiec, Krutchev dijo:

"Hermanos, os prometemos solemnemente que jamás de los jamaes, declaramos la guerra a nadie."

Luego, refiriéndose a los capitalistas internacionales, delante de Gomulka, añadió: "Vosotros decís que creéis en Dios. Si existiera un Dios, y si pudiera hacerlo, los barrería de un golpe. Y si se condena nuestra acción revolucionaria, me permitiría citar la Biblia para decir que: «Jesucristo echará los mercaderes del Templo»".

Sin querer reconocer ni menos admitir que en un país sometido al yugo socialista haya creyentes, pero plenamente consciente de la realidad y queriendo en cierta manera adularles, es por demás interesante ver los equilibrios, para hablarles de Dios y de la Biblia sin comprometerse.

#### De socialismo a comunismo

El mismo Krutchev, en otro discurso pronunciado en Katowice, en Silesia, ante más de cien mil personas, atacó duramente a Ade-

nauer, porque no quiere hacer concesiones en el Este, diciendo que pide imposibles para consolidar su posición, añadiendo que la Polonia de hoy no es la misma que la de 1939 y que lo mismo se puede decir de Alemania, pues hoy existe una Alemania República Democrática, que ha reconocido la frontera a lo largo del Oder y del Neisse.

Luego añadió: "El sueño de una sociedad socialista está en trances de hacerse realidad. Pronto, todos los países del campo socialista comenzarán su marcha común hacia el comunismo. Nuestra idea básica es poner la producción al servicio de la humanidad y no al contrario".

Según Krutchev, pronto comenzarán la marcha hacia el comunismo. ¿Y China?, ¿no se adelantó a los planes de Krutchev?

#### La entrada en la O. E. C. E.

Tal como se preveía últimamente, hace unos días, nuestro país ha sido admitido como miembro efectivo de esa organización internacional.

Una serie de préstamos, recogidos gota a gota, de diversas procedencias, habrían de servir para contar con un fondo estabilizador, ya que nuestras reservas actuales apenas llegan a los cincuenta millones.

Préstamos dados por los americanos con meras sugerencias de reformas, pues teniendo bases en España no pueden hacer más; préstamos dados por la O. E. C. E. que nada tiene ni nada le obliga, con exigencia de las mismas.

Una nueva etapa se abre para España. Quiera Dios que en ella halle el equilibrio, la estabilidad y bienestar que para todos es de desear.

Fernando SERRANO

## DOS LIBROS SOBRE EL CURA DE ARS

El día 4 de agosto del presente año se cumplen ciento del tránsito a la gloria del Cura Párroco de Ars, San Juan M.<sup>a</sup> Vianney. Tránsito decimos, que no muerte. Pero si admitiéramos este último término sería para añadir que el santo Párroco revive admirablemente evocado por sus dos biógrafos Monseñor Fourrey y el P. Ravier (1).

El primero es el actual Obispo de Belley, a cuya diócesis pertenece ahora la Parroquia de Ars, antaño del Arzobispado de Lyon. Con datos de primera mano y ahondando en fuentes que ya le eran familiares, consigue decimos mucho y nuevo sobre un santo que tan buenos biógrafos ha tenido. Hay en las páginas del Obispo de Belley un verismo y una tan prudente criba de hechos y datos, que no se podría pedir más. Su Eminencia el Cardenal Gerlier ha escrito un breve y enjundioso prefacio, en tanto que Juan Servel y Renato Perrin han corrido con la biografía ilustrada que es una verdadera joya en su género. Quien conozca Ars, se sentirá trasladado allí. Quien no lo conozca podrá decir después de leer esta biografía, que lo ha visto de muy cerca.

El segundo biógrafo es el P. Ravier S. I., ex-Provincial de la de Lyon, autor de varios libros de pedagogía y otras materias, todos de gran aceptación. Ahonda en su última obra en el espíritu sacerdotal del Santo Cura. Allegando incontables hechos y dichos del Santo, los trasciende para buscar en el fondo la vida espiritual que los explica. En él encuentra ante todo la fe profunda e iluminada, el sentido del pecado, del infierno, el "sensus Christi" de que habla el Apóstol. Una fe vivísima en el misterio de la Santísima Trinidad y en la acción de cada una de las Divinas Personas en sí mismo y en los prójimos. Una fe que imperaba su oración, sus aspérrimas penitencias y el esfuerzo porfiado por arrancar una a una las almas al diablo y disputarle el terreno palmo a palmo en una lucha encarnizada que duró en Ars más de cuarenta años.

La fiel evocación del Santo Cura, traída por el tiempo y conmemorada por la hagiografía, no podía llegar más a tiempo. La ampliación de los métodos pastorales, que nuestro tiempo ha hecho necesaria y la Iglesia ha bendecido ampliamente, ha dado pie a algunas manifestaciones de desestima de la pastoral tradicional que nos parecen injustas. Coincide en nuestra mesa con los dos libros citados una revista juvenil con un artículo intitulado "El Cristianismo y las devociones" (2). Se nombran en él algunas prácticas: Primeros Viernes, Cinco Sábados, Novenas de la Gracia y

Domingos de San José con menos estima, se hacen algunas afirmaciones discutibles y termina el autor preguntándose "si no será realmente urgente empuñar la podadera".

Comienza el joven articulista afirmando sin atenuantes: "La verdad es que la generación joven no es muy amiga que digamos de las devociones". Como cada uno habla de la feria como le va en ella, podemos afirmar por nuestra cuenta y pensando exclusivamente en la juventud universitaria (colegios mayores, academias militares), que los jóvenes son los primeros y más numerosos en buscar y aprovechar facilidades para confesar y comulgar los Primeros Viernes. Y tén-gase en cuenta que la llamada "Gran Promesa" sólo supone practicarlos una vez. El Autor del artículo conoce a un sacerdote "que encuentra siempre un pretexto para faltar de su parroquia la víspera del primer viernes". No habrá de vivir ni andar mucho más para conocer a muchos que esperan con impaciencia tales días para poner a muchos en paz con Dios y que, no bastándose para la tarea, buscan y agradecen la cooperación de cuantos puedan ayudarles.

Hablando de la Novena de la Gracia, se pregunta el novel escritor si en realidad hay alguna novena que no sea de la "gracia". Le podríamos contestar que bien se pueden celebrar novenas de acción de gracias. Y que en el caso concreto la denominación no es ontológica sino alusiva al origen de la tal novena. San Juan M.<sup>a</sup> Vianney se hizo propagandista de la novena a Santa Filomena. Podríamos también preguntarle si no había otros santos y santas a quienes encomendarse o si para honrar a la santa mártir romana no había otras prácticas que no fueran "novenas".

Si intentáramos decirle que "los hombres que comulgan los primeros viernes, no comulgarían sin ellos", nos contestaría que "entonces se nos ha escapado el Evangelio". Creemos que no hay para tanto. Y que muchísimos de los que encontraron en Ars su conversión y salvación no habrían ido allí llevados de una religiosidad tan químicamente pura. La misma Iglesia vincula el cumplimiento de la comunión anual a un período determinado por dos fechas. ¿No se podría cumplir comulgando en cualquier tiempo del año? Y sin embargo de ello, la Iglesia pone dos topes que ni siquiera coinciden con el comienzo y el fin del llamado Tiempo Pascual.

Si en muchos cristianos ciertas devociones no excluyen "su inautenticidad de fondo en problemas de caridad, oración, justicia, moralidad profesional", no es por la cosa, sino por el modo. Muchos y buenos teólogos han contestado satisfactoriamente a las dificultades opuestas a la práctica, por ejemplo, de los primeros viernes. Divúlguese su doctrina y asunto conclui-

(1) Fourrey, Monseñor: *El Cura de Ars*. Barcelona, 1959. Editorial Herder, 24 × 19. 216 págs.

Ravier, S. J., André: *Un prêtre parmi le peuple de Dieu*. Paris. Editions Guy Victor, 21 × 15. 82 págs.

(2) "Abside", núm. 18.



do. Mucho se habla en nuestros días de "paraliturgia". Además de la Liturgia oficial y de sus ritos, hay multitud de prácticas que la iglesia recomienda y enriquece con indulgencias. ¿Quién podrá decir que esté mal servirnos de ellas para llevar a la gente a un cristianismo más auténtico y profundo en la medida de que sea capaz individual y colectivamente considerada?

Lamentamos todos la creciente descristianización de las masas, observada sobre todo en las mayores capitales. Precisamente donde menos accesibles son a la acción de las devociones populares practicadas colectivamente. Vemos que en las parroquias donde más se conserva la fe hay una mayor fidelidad a esas mismas devociones. Y que a medida que en las parroquias de ciudad se observa una vuelta a Dios se siente de nuevo la necesidad de prácticas y rezos colectivos, que podrán coincidir más o menos con los antiguos, pero que responden a una misma e idéntica aspiración. Y muestran de rechazo que las prácticas caídas en desuso no estaban tan fuera de lugar.

En resumen. La evolución y el enriquecimiento de la Pastoral no ha disminuido la eficacia de los ejercicios piadosos tradicionales. Entendiendo por tales, no sólo los divinamente instituidos, que muchos desestiman prácticamente, sino también los que se mencionan en el artículo aludido. Hoy, como en los días de San Juan M.<sup>a</sup> Bautista Vianney, la predicación y la catequesis, el confesonario y el comulgatorio atendidos a todas las horas posibles, las novenas y las procesiones hechas con decoro siguen siendo óptimos medios para conservar, aumentar e implantar la fe en amplias zonas de nuestra geografía religiosa. Hasta doce veces se repitió este año en San Vicente el Real, de Huesca, la Novena de la Gracia, con gran afluencia del pueblo que por lo menos recibía "la gracia" de una más viva

conciencia misional. Y no hablemos de fuera de España, pues recordamos haber leído que en las mayores urbes norteamericanas hay embotellamiento de coches en ciertas calles a la hora de salida de la famosa Novena.

Bienvenidos sean los avances de la moderna Pastoral y los pacientes sondeos de la Sociología religiosa, pero no se hable con menos estima de prácticas tan estimadas por muchos fieles, no menos que por sus pastores y guías. Saben éstos que en la casa del Padre hay muchas mansiones y que sería imprudente querer desalojar algunas con peligro de que sus ocupantes se quedaran a la intemperie. Así lo han entendido siempre los apóstoles populares, grandes conocedores de la psicología religiosa de sus tiempos y lugares. San Antonio M.<sup>a</sup> Claret, el P. Francisco Tarín, el P. Ramón Sarabia, entre otros muchos, sabían distinguir entre el Cristianismo y las devociones. Y supieron valerse de éstas para ir llevando al pueblo, antes reacio, a la frecuencia de Sacramentos, sirviéndose para ello de estas prácticas.

El Cura de Ars sigue siendo un modelo. Su táctica es la primaria y esencial. Yuxtapuesta, pero no opuesta. una amplia labor de conquista y de penetración. Pero no será él quien la lleve a cabo. Una legión de apóstoles sacerdotes y seglares contemporáneos suyos correrá con la tarea, que se llamará acción social católica e irá evolucionando hasta llegar a los "movimientos" contemporáneos.

Tal es el mensaje de Ars y tanta la oportunidad de los dos libros que reseñamos. No habríamos completado su alabanza si omitiéramos que su presentación es realmente un alarde de buen gusto, que honra a sus respectivos Editores, la veterana Editorial Herder y las novísimas Ediciones Guy Victor, de París.

Francisco SEGURA, S. I.



# LA TRAYECTORIA POÉTICA DE CARLES RIBA

Confieso, con el corazón en la mano, que se me hace duro, doloroso, hablar de Carles Riba. Ahora, su recuerdo, fresco y vivo, como una fuente de saber, de serenidad, es verdaderamente, indudablemente, un muro que se alza entre la admiración, la lealtad, y el trabajo crítico y científico.

Con las cenizas de la vida aún calientes sobre nuestra alma, sobre nuestra sensibilidad, es imposible enfrentarnos con la obra, con el mármol, la piedra o el bronce, con la frialdad de un sabio que maneja el escalpelo.

¿Cuál era la esencia de la poesía de Riba? Francesc Faus en un trabajo (1) que si de algo peca, es de excesivo calor para una meditación de este género, que exige más bien la fría reflexión y el análisis despiadado, define la poesía del noble poeta, grave como la toga de un patricio, como una objetividad en la que de pronto viene a incrustarse la vida, la vitalidad, la existencia, la biología.

Así, desde su *Primer llibre d'Estances*, que fue recibido con alboroto por los poetas catalanes de la primera posguerra, la poesía carlesribiana se caracteriza por una voluntad de pureza, de esencialidad. Riba se había sumergido, de un chapuzón, en el alma aséptica y noble de la poesía pura. Riba, a quien si de algo nunca podrá tachársele es de vulgaridad, tenía que sentir la atracción de las tendencias que querían ceñir la poesía a lo esencial de su mensaje, por la misma dignidad de su alma patricia.

Riba no podía, no debía amar nunca lo trivial, lo resbaladizo, lo fácil, la musiquilla que se pega fácilmente al oído, o la voz que habla, clama, pero también engaña.

¿Poesía?, sí, pero en toda su pureza, como un fruto del que sólo nos queda la pulpa. Poesía despojada de todo lo accidental, de argumento, anécdota, musicalidad, oropeles.

Pero esta poesía sin oropel, digna y majestuosa, que era poesía sólo y no se dejaba cazar por las tentaciones carnales o espirituales de la condición humana, llena de posturas dolorosas y bruscas, se vio un día arrollada por las fuerzas primarias y hermosas, violentas y encumbradoras, de las pasiones fuertes del hombre.

El mismo poeta, en unas páginas emotivas, evoca su sorpresa. El, poeta sereno, dominador de la forma, mejor, buscador de la objetividad — cada poema es un mundo objetivo que tiene valor por sí mismo, independientemente de los demás seres de la creación, incluso de su creador el hombre, a la manera que una estrella es independiente de una piedra o de una

flor — sentía que las violencias humanas de su corazón salían a la superficie, se apoderaban de sus juguetes bellos, y, sin que éstos perdieran su objetividad, su pureza, quedaban impregnados de palpitante fragancia humana.

*Salvatge cor*, el libro brotado mágicamente de esta vivencia, tenía así toda la belleza de lo vivo, de lo humano, sin perder el candor intacto de las criaturas concebidas en su pureza.

Me apresuro a una observación que se me antoja fundamental. No pretendo trazar un panegírico. Desde que he tomado la pluma para evocar la personalidad poética de Carles Riba, he pensado ante todo, pese a ciertas vacilaciones, en la serenidad del análisis. Riba continúa siendo un poeta difícil, erizado de problemas, y sólo la maduración que da el tiempo podrá brindar su completa solución.

En primer lugar, la interpretación, a veces incluso la traducción de cada poema, de cada verso. Riba toma una idea, la arrebatada, la entrelaza con dedos nerviosos, juega con ella, la anuda en la trama de los conceptos, y deja que las palabras fluyan con soberana dignidad. No ha de extrañarnos así que a veces el lector se quede perplejo buscando una respuesta, aunque ésta tenga una sola voz para el que esté preparado — humanística, filosófica e incluso teológicamente — para la lectura de Riba.

Así el primer cuarteto del soneto XIV de *Salvatge cor*, que por alguno ha sido interpretado demasiado trivialmente, con harta facilidad.

*Escolta, Déu, Tu més pregon, Tu alt  
a somnis lluny per sobre el meu saber,  
el crit que et faig; Tu me n'has dat poder,  
natura jo i, en mi, tot animal.*

El último verso, no se refiere, como puede parecer, a los instintos primarios del hombre, que darían una supremacía a lo rastreramente biológico frente a las llamadas espirituales. La presencia es mucho más noble, la significación más teológica, más profunda. El poeta, el hombre — en este caso, el hombre en trance de orar, de dirigirse al Creador — es naturaleza, presencia o representación de toda la naturaleza material, de todos los animales.

En el hombre — la idea se ajusta a la realidad — el mundo material se une con el mundo espiritual. Frente a Dios, frente al Creador, el hombre con alma inmortal, a su imagen y semejanza, asume la representación de todas las criaturas irracionales, carnales como él, y el hombre es su única posibilidad de ascensión.

A través del hombre, sólo a través de él, las criatu-

(1) FRANCESC FAUS: *Situació de Riba*. "Homenatge a Carles Riba", 200.

ras irracionales se remontan hacia Dios. Creo muy sinceramente que es así como hay que leer estos cuatro primeros versos del soneto XIV de *Salvatge cor*, no como evocación de los instintos menos elevados.

Claro que en el mismo soneto hay, en sus tercetos, una clara alusión a las pasiones biológicas. Pero nuestra interpretación se reafirma si paladeamos la segunda parte del soneto XIV, o el segundo soneto de este número, pues se trata de una composición en dos sonetos:

*Llavors he dit: "Creixença de la terra,  
Deu pur, jo sóc cap al teu moviment.  
Tal meu instant renova obscurament  
un paradís que per l'arrel m'aferra;  
com si m'omplís, sense el saber que esguerra,  
l'honor del Fruit, i no rebel, vivent  
del buf diví que em forma i em distén,  
ja en mi salvant futura la desferra,  
jo coronés de mi tot animal...*

No voy a defender los procedimientos conceptistas. Continúo persuadido de que el conceptismo es un vicio literario. Me limito solamente a afirmar que estos versos, como otros de *Salvatge cor*, o de otras obras del mismo Riba, no son inteligibles, si se tiene alguna cultura al alcance de la mano.

*"Jo soc creixença de la terra — cap al teu moviment."*

Creo que Riba no ha podido ser, si no más claro, más explícito. La tierra, la tierra irracional, madura, viva, biológica, crece, se alza, se eleva hacia Dios; pero esta elevación se realiza a través del hombre. "Yo — dice el poeta — soy el crecimiento, la madurez, de la tierra hacia ti". Por ello, había dicho antes que en él temblaba *todo animal* (todos los animales, los seres vivos). Y por ello, después de recrearse en la posibilidad — ya quimérica, claro — de recrear, contemplando la Fruta como objeto de sumisión, y no de rebeldía — como ocasión de salvarse de la futura catástrofe, de la ruina —, habla de coronar de sí a todo animal.

El sentido teológico, humano, el amor a las criaturas, a la naturaleza, está vivo indudablemente, como creo haber demostrado, en Carles Riba, gran poeta catalán, que irrumpe en nuestra poesía el año 1919 con el *Primer llibre d'Estances* y concluye su carrera con el magnífico *Esbós de tres oratoris*, obra cumbre que exigiría ya otra meditación, sino otro artículo.

Francisco SALVÁ MIQUEL

## NOTA BIBLIOGRAFICA

*VIDA DE CRISTO*, por Fulton J. Sheen. Editorial Herder, Barcelona. 1 vol. 12 × 20. 632 págs.

Esta *Vida de Cristo* escrita por el conocido Obispo norteamericano cuyas audiciones radiofónicas impresas en varios idiomas han conquistado una merecida fama mundial, está en la misma línea y tiene el mismo sentido, fondo y forma de divulgación evangélica que dichas audiciones radiofónicas, es decir, adecuada a la mentalidad que aspira a conocer al asunto tratado — en este caso los episodios de la vida de Cristo, sus parábolas y sus milagros — ambientada sí, en un marco adecuado, con deducciones y reflexiones que hacen penetrar el sentido de la enseñanza propuesta, pero sin el engorroso aparato de la teoría crítica, que muy acertadamente hace notar Mons. Fulton J. Sheen "no dura mucho más allá de una generación". Ello no quiere decir que el autor haya prescindido del estudio crítico, antes bien el profundo conocimiento de todos los autores y su evolución, es precisamente lo que le ha puesto en condiciones de prescindir de ellos para escribir esta *Vida de Cristo* tan original en su estilo. "No es estrictamente cronológica dentro de un orden geográfico" pero en los hechos ya de por sí conocidos, y a través de ellos plantea claramente problemas de palpante actualidad producidos por ciertas tendencias muy generalizadas que desvían el recto sentido y significación de la doctrina y los hechos de Cristo en la tierra. Citaremos solamente un ejemplo: la inconsecuente paradoja entre el Cristo sin Cruz que nos presenta "la civilización occidental postcristiana" en que se amparan los que «niegan el pecado» y soslayan la culpa alegando los «complejos»; que inculca la idea de un Cristo a manera de «predicador ambulante, incoloro, afeminado, sentimental... precursor de la democracia... en el cual todo lo divino ha de ser necesariamente un mito», mientras el comunismo negando a Cristo se ha apoderado "de la cruz por sí sola", exenta de significado, no como arma con que el Dios hecho Hombre redimió el mundo y redime al hombre del pecado sino como disciplina férrea y despiadada que exige el sacrificio de la población en masa a los planes estatales, que anula al individuo, en una palabra, que exige la vida vivida sin trascendencia personal.

Enfocada desde este punto la *Vida de Cristo* de Fulton J. Sheen se desarrolla en 62 capítulos de títulos tan sugestivos como: "Tres atajos que eluden la Cruz"; "El hombre que perdió la cabeza"; "La flecha más potente de la divina aljaba"; "Más que un Maestro"; "La despedida del divino amante"; "El costado traspasado"; "Los amigos nocturnos"; "La herida más grave de la tierra"; "El amor como condición de autoidad"; etc., etc.

I. S.

## LIBROS RECIBIDOS

Se reseñan las obras de las que en nuestra Redacción se reciben dos ejemplares. CRISTIANDAD no se hace solidaria de las opiniones expresadas por sus autores. Los siguientes libros no están a la venta en Publicaciones CRISTIANDAD; para pedidos dirigirse a las respectivas editoriales.

*Tres Poemas Católicos*, por Francisco Luis Bermúdez, de la Academia Argentina de Letras. Madrid. Ed. Escelicer. 1958.

*Catecismo en verso de las verdades eternas*, por Evelio Bulbena Estrany. Ed. Balmes. Barcelona. 1959. Ediciones en castellano y catalán.

*Raúl de Leoni, fisionomía do poeta*, por Germano de Novais. Porto Alegre (Brasil).

*Huellas*, novela, por Enrique Canto. Madrid. Ed. Escelicer. 1959.

*Refranero Político*, por Juan Cataldi, pbro. Ed. La Prensa Católica. Quito (Ecuador).

*Contributi Tomistici alla Política*, por Raimondo Spiazzi, O. P. Ed. Presbyterium. Roma. 1959.

*Saint Paul de la Croix*, por Charles Almeras. Prefacio de Daniel Rops. Introducción de André Combes. Ed. Desclée de Brouwer. Brujas (Bélgica).

*Las diversiones en la educación, tesis para optar al título de Doctor en Filosofía y Letras*, presentada por Sofía Arriola del Valle, O. D. N. Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín (Colombia).

*Manual del Catecismo Católico*. Tomo primero: *Dios y nuestra Redención*, por Franz Schreibmayr y Klemens Tilman. Ed. Herder. Barcelona. 1959.

*El sacerdote, hoy, encuesta entre pensadores italianos del Estudio Teológico para laicos de Florencia*. Ed. Escelicer. Madrid.

*El dirigente español en la encrucijada del progreso*, por Juan Vidal Gironella. Ed. Euramérica. Madrid. 1959.

*Verdadera práctica de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, por T. A. M. Gerbier M. E. P. 3.ª edición preparada por José M.ª Sáenz de Tejada, S. I. Ed. Luis Gili. Barcelona. 1959.



### Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Septiembre - 1959

**GENERAL:** Que el espíritu apostólico se fomente en el seno de las familias.

**MISIONAL:** El problema de la siversidad de razas en Africa Meridional.

## TRINXET

SOCIEDAD ANONIMA

FABRICA DE TEJIDOS DE ALGODON

Cien años de calidad

Vía Layetana, 97

Teléfonos 22 87 51 - 21 04 11

BARCELONA

# CRISTIANDAD

Administración:

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléfono 22 24 46

BARCELONA (España)

Precio de este ejemplar . . . . . 12 ptas.

» suscripción anual (incluido índice) 150 »